

Marzo 2012 3

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- XXVII Jornada diocesana de Enseñanza. "Educar en la Justicia y la Paz" 199
- Día del Seminario 2012 203
- La JMJ-2011. La Nueva Evangelización. Historia y presente 208

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 225
- Defunciones 227
- Sagradas Órdenes 229
- Actividades del Sr. Cardenal. Marzo 2012 230

Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Actividades Sr. Obispo. Marzo 2012 233

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Carta sobre la Asignatura de Religión 239
- Carta con motivo del Día del Seminario 242

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Informaciones 246

DECRETOS

• Decreto de supresión del Monasterio San Juan Evangelista de Monjas Clarisas de Ciempozuelos	246
• Decreto de ejecución	248
• Decreto indulgencia	250
• Acuerdo de colaboración entre el Obispado de Getafe y la Universidad San Pablo CEU en el Campus de Montepríncipe	252
• Defunciones	257

Iglesia Universal

VIAJE APOSTÓLICO A MÉXICO Y A CUBA

• Ceremonia de bienvenida. Silao, Aeropuerto internacional de Guanajuato	259
• Encuentro de niños. Parque Expo Bicentenario de León	263
• Ángelus	266
• Santa Misa	268
• Celebración de las Vísperas con los obispos de México y de América Latina	273
• Palabras improvisadas delante del colegio Miraflores	278
• Ceremonia de despedida	279
• Ceremonia de bienvenida. Aeropuerto de Santiago de Cuba	281
• Santa misa con ocasión del 400 aniversario del hallazgo de la Virgen de la Caridad del Cobre	285
• Visita al Santuario de Nuestra Señora de la Caridad	289
• Santa Misa La Habana	291
• Ceremonia de despedida	296
• Mensaje del Papa Benedicto XVI para la Cuaresma	299
• Mensaje del Papa Benedicto XVI para la Jornada Mundial de la Juventud	305

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.com - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXX - Núm. 2842 - D. Legal: M-5697-1958



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

XXVII JORNADA DIOCESANA DE ENSEÑANZA
10 de marzo de 2012

“EDUCAR EN LA JUSTICIA Y LA PAZ”



Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Vamos a celebrar en nuestra Archidiócesis, como en años anteriores, la Jornada de Enseñanza, que se desarrollará el sábado 10 de marzo. Además de disponer de una nueva ocasión para seguir afianzando vuestra vocación educativa, que debéis de ejercer con la responsabilidad propia del cristiano, se os presenta una nueva oportunidad para el encuentro, en un clima de convivencia y oración, de todos los educadores que estáis trabajando a favor de una renovada presencia de la Iglesia, maestra de humanidad, en el campo educativo.

Este encuentro anual me brinda la oportunidad de reflexionar sobre la importancia de la educación para la formación de la persona. Como sabéis, el proceso educativo procura conducir el crecimiento de la persona avivando su deseo de perfección y de excelencia en todos los sentidos desde la perspectiva de su vocación trascendente como imagen de Dios y de su llamada a la filiación divina. La



familia es el primer ámbito educativo que se encarga de ofrecer a los hijos la configuración y el desarrollo de las primeras imágenes sobre nosotros mismos y sobre el mundo que nos rodea. Aunque la tarea educativa no se reduce sólo al ámbito familiar, puesto que a ella contribuyen también otros agentes educativos, el Concilio Vaticano II nos recordó “la bella, y ciertamente de gran trascendencia, vocación de todos aquellos que, ayudando a los padres en el cumplimiento de su deber y actuando en representación de la comunidad humana, asumen la tarea de educar en las escuelas” (*Gravissimum educationis*, 5). La importancia de esta labor docente ha llevado a la Iglesia a estar presente, ya desde sus comienzos, en la escuela con el fin de ofrecer a los niños y jóvenes la necesaria formación integral que ha de perseguir todo proceso educativo.



El lema de la Jornada escogido para este año: “**Educación en la justicia y la paz**”, guarda relación con el Mensaje del Santo Padre para la XLV Jornada Mundial de la Paz, celebrada al comienzo de este año nuevo, con el que ha querido recordarnos la esperanza que late en el corazón del hombre -especialmente viva y visible en los jóvenes- así como la aportación que éstos, con su entusiasmo y su impulso hacia los ideales más nobles, pueden y deben ofrecer a la sociedad. De ahí que el “prestar atención al mundo juvenil, saber escucharlo y valorarlo, no es sólo una oportunidad, sino un deber primario de toda la sociedad, para la construcción de un futuro de justicia y de paz”. Ante este panorama, “la Iglesia mira a los jóvenes con esperanza, confía en ellos y los anima a buscar la verdad, a defender el bien común, a tener una perspectiva abierta sobre el mundo y ojos capaces de ver *cosas nuevas*”.



Y en referencia a esta búsqueda de la verdad, ¿cómo no recordar las palabras que Benedicto XVI dirigía en el Monasterio de San Lorenzo de el Escorial a los jóvenes profesores universitarios durante la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid!: “los jóvenes necesitan auténticos maestros; personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio interior ese diálogo interdisciplinar; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad. La juventud es tiempo privilegiado para la búsqueda y el encuentro con la verdad”. Y la verdad es Cristo. Ahora bien, como el mismo Benedicto XVI ha repetido en diversas ocasiones, el clima de relativismo imperante en amplias capas de nuestra sociedad supone un duro golpe a la tarea educativa pues, al no reconocer nada como definitivo, la persona queda condenada a dudar de la bondad de su misma vida y de las relaciones que la constituyen, de la validez de su esfuerzo por construir con los demás algo



en común. La respuesta a esta situación no puede ser ni la resignación ni el plegarse a los dictados del pensamiento dominante, pues de esta forma olvidamos que el fin de todo proyecto educativo es la formación integral de la persona para que viva en plenitud y pueda hacer su aportación al bien de la sociedad. Por el contrario, hemos de procurar despertar en los niños y jóvenes los interrogantes oportunos y acompañarles en la búsqueda que les lleve a descubrir que Dios, lejos de ser el rival de su felicidad, es el garante de su libertad y de su plena realización.

El actual escenario de la crisis económica -que presenta, en palabras de Benedicto XVI, raíces culturales y antropológicas- es un estímulo para educar en la justicia y la paz a los niños y jóvenes, partiendo de las orientaciones que la doctrina social de la Iglesia propone en diálogo con todos los que se preocupan por el bien del hombre y del mundo. Así, ante la pregunta ¿qué es la justicia?, dicha doctrina afirma que la justicia no es una simple convención humana, porque lo que es *justo* no está determinado originariamente por la ley, sino por la identidad profunda del ser humano. La plena verdad sobre el hombre permite superar la visión contractual de la justicia, que es una visión limitada, y abrirla al horizonte de la solidaridad y del amor. De ahí que, la doctrina social de la Iglesia sitúe, junto al valor de la justicia, el de la solidaridad en cuanto vía privilegiada de la paz (cf. *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 202-203).

Una paz que no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce sólo al establecimiento de un equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una dominación despótica, sino que, con toda exactitud y propiedad, se llama la *obra de la justicia* (Is 32, 7). Esta paz en la tierra no se puede lograr si no se asegura el bien de las personas y la comunicación espontánea entre los hombres de sus riquezas de orden intelectual y espiritual. Es absolutamente necesaria la firme voluntad de respetar a los demás hombres y pueblos, así como su dignidad, y el ejercicio apasionado de la fraternidad para construir la paz. Así, la paz es también fruto del amor, que va más allá de lo que la justicia puede aportar. De ahí que todos los cristianos seamos llamados insistentemente para que, *haciendo la verdad en el amor* (Ef 4, 15), nos unamos con todos los hombres pacíficos para pedir e instaurar la paz (cf. *Gaudium et spes*, 78).

La paz es ante todo don de Dios, que exige de nosotros disponibilidad y compromiso con la justicia, el amor, la verdad y la misericordia para los más necesitados. Ante la fragilidad de nuestra voluntad, herida por el pecado, descubrimos el difícil desafío que supone recorrer la vía de la justicia y de la paz. El auxilio, como



escribe Benedicto XVI, no puede ser otro que la mirada al Dios viviente, que es la medida de lo que es justo y, al mismo tiempo, es el amor eterno. Por eso, dirigiéndose a los jóvenes les dice: “vosotros sois un don precioso para la sociedad. No os dejéis vencer por el desánimo ante las dificultades y no os entreguéis a las falsas soluciones, que con frecuencia se presentan como el camino más fácil para superar los problemas. No tengáis miedo de comprometeros, de hacer frente al esfuerzo y al sacrificio, de elegir los caminos que requieren fidelidad y constancia, humildad y dedicación. Vivid con confianza vuestra juventud y esos profundos deseos de felicidad, verdad, belleza y amor verdadero que experimentáis. Vivid con intensidad esta etapa de vuestra vida tan rica y llena de entusiasmo” (*Mensaje para la XLV Jornada Mundial de la Paz*).

Quiera Dios que esta nueva Jornada de Enseñanza aliente, junto al ánimo y la esperanza de toda la comunidad educativa, deseos de justicia y de paz, y que la compañía de Santa María de la Almudena nos ayude a abrirnos con confianza e ilusión apostólica al futuro.

Con mi cordial afecto y bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid



CARTA PASTORAL CON MOTIVO DEL «DÍA DEL SEMINARIO» DE 2012



Queridos hermanos y hermanas:

Cercana la solemnidad del glorioso Patriarca San José, la Iglesia diocesana se dispone a celebrar el «Día del Seminario». Como es sabido, el Seminario es la institución que tiene encomendada la formación de los futuros sacerdotes que, más adelante, servirán a nuestras comunidades cristianas. En sus aulas, bajo la solicitud pastoral del Obispo, *«primer representante de Cristo en la formación sacerdotal»*, con la colaboración del equipo de sacerdotes formadores y a la luz del Espíritu Santo, los seminaristas van creciendo en su configuración personal con Jesucristo, Buen Pastor, disponiéndose a recibir en su día las Órdenes Sagradas.

Dada la importancia y significación del Seminario en la misión de la Iglesia diocesana, es responsabilidad y tarea de ésta acompañar con la oración, el afecto y la oportuna colaboración a los candidatos al ministerio sacerdotal. El «Día del Seminario» ofrece a todos vosotros, fieles cristianos de Madrid, la oportunidad de conocer más de cerca su realidad actual, sus logros, dificultades y esperanzas, y de prestar a nuestros futuros presbíteros el calor del afecto y la solidaridad cristianos que estimule su camino de entrega al Señor y a los hermanos. En el curso actual, son



más de doscientos los seminaristas que integran nuestros Seminarios, el Conciliar y el misionero «Redemptoris Mater»; cada seminarista es fruto de una iniciativa original del Señor que ha querido salir a su encuentro, les ha fascinado con su predilección, y les ha elegido «*para que estuvieran con Él y para enviarles a predicar*» (Mc 3,14-15). ¡Demos las gracias al «Señor de la mies», que no deja de escuchar nuestra oración y nos sigue enviando trabajadores para trabajar «en su mies»! (Cf. Mt 9, 38).

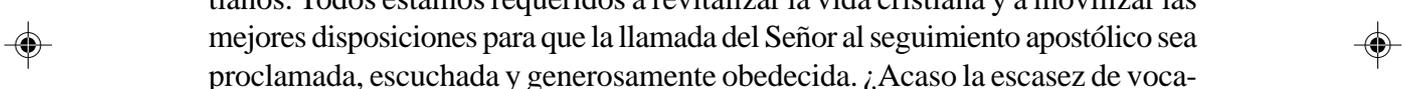
Están vivos todavía entre nosotros los ecos e impresiones de la Jornada Mundial de la Juventud, celebrada el pasado mes de Agosto. ¡Cómo olvidar la imagen inédita de aquel Madrid multicolor, rebotante de jóvenes de todos los pueblos y culturas, testimoniando su fe en la eterna juventud de Cristo y su devoción filial al Sucesor de Pedro! Como el mismo Santo Padre señalaba recientemente, «...*hay una nueva experiencia de la catolicidad, la universalidad de la Iglesia. Esto es lo que ha impresionado de inmediato a los jóvenes y a todos los presentes: venimos de todos los continentes y, aunque nunca nos hemos visto antes, nos conocemos... (...) Todos quedamos tocados por el único Señor Jesucristo,*» Efectivamente, la JMJ constituyó una experiencia luminosa de la catolicidad y la apostolicidad de la Iglesia: cerca de dos millones de jóvenes, acompañados por sus pastores y confirmados en la fe y en el testimonio por la presencia y la palabra del Papa Benedicto.

Entre los innumerables jóvenes se contaban más de cinco mil seminaristas de todas las latitudes. A aquellos, y a los futuros sacerdotes de manera especial, se dirigía la exhortación del Santo Padre: «*No se puede encontrar a Cristo y no darlo a conocer a los demás. Por tanto, no os guardéis a Cristo para vosotros mismos. Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe*»³, subrayando la urgencia de la evangelización. En la Eucaristía celebrada con los seminaristas en la Catedral de la Almudena, el Papa les animaba a vivirlo sacerdotalmente: «*Como seminaristas, estáis en camino hacia una meta santa: ser prolongadores de la misión que Cristo recibió del Padre. Llamados por Él, habéis seguido su voz y atraídos por su mirada amorosa avanzáis hacia el ministerio sagrado.*». A lo largo de toda la JMJ, el Santo Padre escribía con su palabra una hermosa página de pastoral vocacional ¿Cómo no recordarlo con motivo del «Día del Seminario»?

Efectivamente, en las intervenciones del Papa Benedicto era constante la llamada a los jóvenes a vivir la vocación cristiana con todas sus consecuencias: «Os



invito a pedir a Dios que os ayude a descubrir vuestra vocación en la sociedad y en la Iglesia y a perseverar en ella con alegría y fidelidad.»^s. Pero el Santo Padre, que no olvidaba la urgente necesidad de suficientes y santos sacerdotes al servicio del Señor y de su Iglesia, añadía: «A otros, en cambio, Cristo los llama a seguirlo más de cerca en el sacerdocio o en la vida consagrada. Qué hermoso es saber que Jesús te busca, se fija en ti y con su voz inconfundible te dice también a ti: «¡Sígueme!»». Ante el hermoso espectáculo de la catedral de la Almudena, abarrotada de futuros sacerdotes, el Papa miraba al futuro con esperanza y, con esta confianza, sembraba la Palabra que invita a entregarlo todo por amor a Jesucristo: «Al veras', compruebo de nuevo cómo Cristo sigue llamando a jóvenes discípulos para hacerlos apóstoles suyos, permaneciendo así viva la misión de la Iglesia y la oferta del evangelio al mundo.»



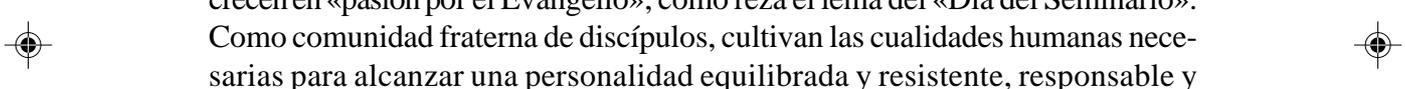
La palabra y el testimonio del Papa en la JMJ son una apremiante invitación a secundar su siembra vocacional: parroquias y movimientos, comunidades y fieles cristianos... Sobre todo vosotros, sacerdotes, padres de familia y educadores cristianos. Todos estamos requeridos a revitalizar la vida cristiana y a movilizar las mejores disposiciones para que la llamada del Señor al seguimiento apostólico sea proclamada, escuchada y generosamente obedecida. ¿Acaso la escasez de vocaciones sacerdotales no son una muestra de debilitamiento de la fe o de mediocridad de vida cristiana? La «*medicina contra el cansancio de creer*» que señalaba el Santo Padre aludiendo a la JMJ, debe sanar y fortalecer en todos — personas, familias, parroquias y movimientos — el crecimiento en santidad, en generosidad y en alegría cristianas, de manera que nuestros jóvenes aprendan a acoger en su corazón la llamada de Cristo y a seguir con valentía y disponibilidad el camino que Él les proponga. Confiando en el testimonio irradiante y lleno de gracia del Papa Benedicto y el entusiasmo generoso de los jóvenes cristianos, cabe esperar una abundante floración de vocaciones en los próximos tiempos, cuando el Señor lo disponga.

El Santo Padre exhortaba a los seminaristas a vivir con hondura y responsabilidad el proceso educativo: «... *os prepararéis para ser apóstoles con Cristo (...)* ¿Cómo vivir estos años de preparación? Ante todo, deben ser años de silencio interior, de permanente oración, de constante estudio y de inserción paulatina en las acciones y estructuras pastorales de la Iglesia. «. Los candidatos al sacerdocio, en estrecha intimidad con el Señor y a la escucha de su Palabra, van aprendiendo a vivir en la caridad del Buen Pastor «*que*



no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos» (Mc 10,45), y mirando siempre a esta finalidad primordial se aplican en las diferentes dimensiones educativas del Seminario. El Espíritu Santo, «protagonista por antonomasia de su formación «hará posible la identificación con Cristo Pastor con el don de un corazón sacerdotal en el día de su ordenación presbiteral.

Algunos seminaristas escucharon la voz del Señor en su infancia o adolescencia, y acompañados por el Seminario Menor, han crecido y madurado en la vocación hasta ser capaces de responderle con una decisión generosa y consciente. Nuestro Seminario Menor sigue acogiendo y educando las semillas de vocación sembradas en niños y adolescentes, ofreciéndoles también la posibilidad de una residencia en la que aprendan a crecer como discípulos de Cristo con otros compañeros en edad e inquietudes similares.



Mientras llega el momento tan deseado de la ordenación sacerdotal, los futuros presbíteros, llamados a intervenir decisivamente en la nueva evangelización, crecen en «pasión por el Evangelio», como reza el lema del «Día del Seminario». Como comunidad fraterna de discípulos, cultivan las cualidades humanas necesarias para alcanzar una personalidad equilibrada y resistente, responsable y libre; se ejercitan en la relación personal con Dios en Jesucristo, uniéndose a Él en profunda intimidad para llegar a ser un «*hombre de Dios*»; con la dedicación al estudio se esfuerzan por «*conocer y comprender la estructura interna de la fe en su totalidad, de manera que se convierta en una respuesta a las preguntas de los hombres*», y se insertan progresivamente en las acciones pastorales de la Iglesia como una «*verdadera y propia iniciación a la sensibilidad del pastor*».

«...*Hacer el bien es algo hermoso, es hermoso ser para los demás. Sólo se necesita atreverse a dar el salto*» Que estas bellas palabras del papa Benedicto iluminen la mirada sobre nuestros seminaristas y os ayuden a comprender sus anhelos más hondos y genuinos: vivir para los demás como su Señor y Maestro en la entrega de la vida. El «Día del Seminario» muchas parroquias recibiréis su visita. Estoy seguro de que los acogeréis con toda clase de atenciones, y daréis por ellos las gracias al Señor. Sed generosos, además, en vuestra aportación económica para los múltiples gastos derivados de su mejor y más cuidada formación. Y rogad a Dios, por intercesión de nuestra Madre, la Virgen de la Almudena para que, en las parroquias, movimientos y familias cristianas, fructifique



la siembra del Papa Benedicto en la Jornada Mundial de la Juventud con abundancia de vocaciones sacerdotales.

Os bendice con todo afecto,

† Antonio M^º Rouco Varela
Cardenal – Arzobispo de Madrid



LA JMJ-2011 Y LA NUEVA EVANGELIZACIÓN: HISTORIA Y PRESENTE¹

DOCUMENTO

Madrid, marzo 2012



I. INTRODUCCIÓN

El Santo Padre Benedicto XVI en la audiencia del 24 de agosto en Castelgandolfo, tres días después de las extraordinarias jornadas vividas en Madrid en la XXVI Jornada Mundial de la Juventud, la calificaba como “*un acontecimiento eclesial emocionante. Cerca de dos millones de jóvenes de todos los continentes vivieron, con alegría, una formidable experiencia de fraternidad, de encuentro con el Señor, de compartir y de crecimiento en la fe: una verdadera cascada de luz*”. La semana de Madrid había sido precedida y preparada por “*los días en las Diócesis*”, con frutos de experiencia eclesial y de vivencia cristiana que hicieron presagiar y esperar lo que iba a suceder en los días del encuentro con el Santo Padre en Madrid. Una excelente muestra de la riqueza espiri-

¹ Conferencia pronunciada en la Basílica de la Purísima Concepción, Barcelona, 11 de marzo de 2012; 19'00 horas.



tual y apostólica de lo vivido en esos días en las Diócesis fue la Ciudad de Barcelona. La valoración de la JMJ-2011 como “*una cascada de luz*” adquiere en el discurso del Papa a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones de Navidad (12.12.2011) un especial significado en relación con la Nueva Evangelización: “*La magnífica experiencia de la Jornada Mundial de la Juventud, en Madrid, ha sido también una nueva medicina contra el cansancio de creer. Ha sido una nueva evangelización vivida. Cada vez con más claridad se perfila en las Jornadas Mundiales de la Juventud un modo nuevo, rejuvenecido, de ser cristiano*”. Modo nuevo que sintetiza a continuación en cinco puntos: una nueva experiencia de catolicidad; un modo nuevo de vivir el ser hombres; la adoración; la presencia del Sacramento de la Penitencia; la alegría.



La pregunta se nos hace inevitable ante la convocatoria del Año de la Fe y de la renovada y clarividente llamada del Santo Padre a la Nueva Evangelización que su predecesor el Beato Juan Pablo II había impulsado con la energía espiritual y el ánimo apostólico misionero tan propio de su personalidad y de su pontificado: ¿el modelo pastoral de las Jornadas Mundiales de la Juventud ofrece una eficaz y actual forma para evangelizar de nuevo?, ¿sobre todo, en los viejos países europeos de raíces cristianas? Nuestro Santo Padre Benedicto XVI no duda en hacer un diagnóstico de la crisis de la Iglesia en Europa -estrechamente ligada a la crisis general de la sociedad y de la cultura europeas- como una crisis de la fe: “*el núcleo de la crisis de la Iglesia en Europa -afirma el Papa en el citado discurso a la Curia Romana- es la crisis de fe. Si no encontramos una respuesta para ella, si la fe no adquiere nueva vitalidad, con una convicción profunda y una fuerza real gracias al encuentro con Jesucristo, todas las demás reformas serán ineficaces*”.



Para acertar con la respuesta a la pregunta planteada, de forma teológica y pastoralmente viva, es bueno -incluso, hermeneúticamente necesario- conocer “*el sitio en la vida*”, es decir, el contexto histórico-espiritual en el que nace y se desarrolla la expresión y la realidad eclesial de la Nueva Evangelización. Los términos Evangelio, evangelizar, evangelización y las realidades por ellos significadas pertenecen -no hay duda- al contenido esencial y a la comprensión de la acción fundamental que define la misión de la Iglesia. “*Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda*”, recordaba el Siervo de Dios, Pablo VI, en la Exhortación Apostólica “*Evangelii Nuntiandi*” de 8 de diciembre de 1975, añadiendo: “*ella -la Iglesia- existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a*



los pecadores, perpetuar el sacrificio de Cristo en la Santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa”². Pueden cambiar y cambian las circunstancias históricas en las que la Iglesia ha de realizar y desplegar su misión evangelizadora; la evangelización en la esencia de sus contenidos y de sus métodos, no.

II. EL CONTEXTO HISTÓRICO-ESPIRITUAL DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

La llamada a una nueva evangelización nos mete de lleno en la entraña misma de la historia de la Iglesia contemporánea. Presupone examen de conciencia e invitación a una visión renovada de su acción pastoral y de toda la vida cristiana. En el umbral del Tercer Milenio del Cristianismo, teniendo a la vista principalmente el panorama humano y espiritual de la actual Europa: ¿cuáles son “*los hitos*” más significativos de ese proceso histórico de elaboración y desarrollo eclesial de la expresión “*Nueva Evangelización*” y de su plasmación teórica y práctica en el pensamiento y en la vida de la Iglesia? Trataremos de “*identificarlos*” lo más concisamente posible.

1. El Concilio Vaticano II

El precedente más inmediato, más aún, el punto de partida doctrinal y pastoral de la Nueva Evangelización lo constituye sin duda alguna el Concilio Vaticano II. Ciertamente, en la primera mitad del siglo pasado -ese siglo XX tan dramático y convulso como pocos en la historia de la humanidad-, el Magisterio y los impulsos pastorales de los Papas acuñaron formulas y dieron aliento a iniciativas apostólicas en la dirección de una respuesta espiritual, honda y vigorosa a los nuevos y agudos problemas de un “*viejo mundo*” extraordinariamente afectado por la descristianización de amplios sectores de las sociedades europeas y americanas. Por ejemplo: la de “*restaurare omnia in Christo*” de San Pío X, la del “*Reinado de Cristo*” de Pío XI o la de “*por un Mundo mejor*” del Siervo de Dios, Pío XII. Ninguna de ellas, no obstante, significó un planteamiento global de renovación teológica y pastoral que implicase a todos los aspectos de la vida y de la misión de la Iglesia, como fue el llevado a cabo por el Concilio Vaticano II. La palabra “*aggiornamento*” -“*puesta al día*”- serviría al Beato Juan XXIII para justificar la convocatoria del

² Exhortación Apostólica “*Evangelii Nuntiandi*”, n. 14.



Concilio y sería para todo el proceso de deliberación y de decisiones conciliares un decisivo criterio de inspiración y guía histórico-espiritual y pastoral.

La honda crisis de fe y de elemental humanidad con la que se había cerrado la primera mitad del siglo XX -con la II Guerra Mundial- necesitaba ser profundamente superada. Lo cual solo se haría posible a través de una actualizada presentación de la doctrina perenne de la fe de la Iglesia y de una vigorosa y luminosa irradiación de sus contenidos en la relación con el hombre y con la sociedad. Las dificultades, tanto en el terreno de las ideas como en el de la práctica cultural, socio-económica y política, al enfilarse la segunda mitad del siglo, se revelaban formidables. Había que enfrentarse con la concepción marxista-leninista de la historia y del hombre, radicalmente materialista y atea; políticamente triunfante después de la victoria militar de “*los Aliados*” en la II Guerra Mundial. El pensamiento del viejo liberalismo, laicista y agnóstico, por otra parte, se veía tan impotente para resolver los graves problemas intelectuales y éticos de la delicada coyuntura histórica, marcada por el reto hercúleo de la reconstrucción de una Europa libre, como el existencialismo de moda: triste, melancólico y escéptico; cultivado con un sentimental diletantismo en los más variados ambientes y sectores de la cultura y de la Universidad europeas del momento. Parecía obligado a muchos recurrir al intento de la vía, siempre antigua y siempre nueva, de una antropología verdaderamente humanista y de una teoría del Estado y de la economía, libre y social a la vez, fundada en el reconocimiento de la dignidad trascendente de la persona humana y del bien común, e inspirada en una visión cristiana del hombre. Sería la que se impondría con éxito en la Europa Occidental y la que elegirían los grandes artífices de la incipiente Unidad Europea. Tres de ellos, católicos insignes: Konrad Adenauer, Alcide De Gasperi, Schumann...

Entretanto, en la mitad sur del planeta emergía un mundo nuevo, resultante en buena medida del proceso de su descolonización, en el que la pobreza e incluso el hambre se instalaban pertinazmente. La cultura periodística y política de la época le denominará y conocerá pronto como “*el Tercer Mundo*”. Esos pueblos y Estados nuevos reclamaban una decidida cooperación internacional para un desarrollo digno, justo y solidario de sus potencialidades económicas, sociales y políticas. En América del Norte y del Sur se hablará, iniciados “los años sesenta”, de la necesidad de “*una Alianza para el progreso*”. No puede extrañar que en estas circunstancias tan dramáticas se produjese en amplios e influyentes círculos del pensamiento político y jurídico de Europa y América “*un retorno del derecho natural*”: un episodio nuevo de lo que un exponente de la filosofía clásica del derecho de “*los*

años treinta” llamaba “*el eterno retorno del derecho natural*”³.

Con este panorama de la realidad mundial -trazado a grandes rasgos- como trasfondo histórico-espiritual se encontraba la Iglesia al iniciarse la segunda mitad del siglo XX. Una humanidad hondamente conmocionada y herida por los efectos devastadores de pecados individuales y colectivos de gravedad y en número desconocido esperaba una respuesta de la Iglesia: “*Madre y Maestra*”, “*experta en humanidad*” (Beato Juan XXIII y Pablo VI). La conciencia de que era urgente el darla, había arraigado en la opinión generalizada de sus Pastores y fieles. En el Concilio Vaticano II encontraría el cauce privilegiado para su expresión. Un cauce previsto por el Señor que la rige y el Espíritu Santo que la guía y que la permitiría articular como una gran propuesta doctrinal, apostólica y espiritual para que la Noticia de Jesucristo, perennemente nueva, pudiera ser ofrecida plena, íntegra y actualizadamente a una familia humana sedienta de verdad, de bien, de paz, de amor: ¡de vida eterna! En los documentos del Concilio Vaticano II no aparecerá la expresión “*Nueva Evangelización*”; pero sí se encontrará la primera e imprescindible fórmula doctrinal y pastoral que haría posible su realización fecunda en el momento histórico en el que el siglo XX declinaba y se abría a la perspectiva del año 2000 y de un nuevo Milenio de la historia cristiana.

2. La “*Evangelii Nuntiandi*”

El Concilio Vaticano II concluiría en un contexto social y cultural muy cambiado respecto de la situación histórica en la que había sido convocado. Una ola de prosperidad sin precedentes había alcanzado a todos los países del “*mundo occidental*”, especialmente a los de la llamada “*Europa libre*”. “*El Bloque Soviético*”, el formado por los países dominados por la Unión Soviética, militarmente muy poderoso, comienza a resquebrajarse, dando muestras de una debilidad político-económica más que evidente. Se ve obligado a encerrarse, literalmente, detrás del “*Telón de Acero*” y del “*Muro de Berlín*”. El pensamiento marxista busca ansiosamente formas intelectuales y estrategias políticas en el Occidente europeo y americano que le permita alejarse del burdo y cerrado materialismo del marxismo-leninismo de corte soviético. Su éxito entre la juventud universitaria de las grandes ciudades europeas y americanas sorprende. En el fondo, constituye una de las paradojas más llamativas de la historia contemporánea. Era verdad que la distancia

³ Heinrich Rommen, *Die ewige Wiederkehr des Naturrechts*, Kempten 1936.

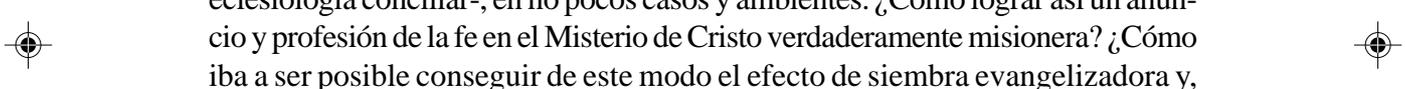


entre “*el mundo libre*”, rico y próspero económica y culturalmente, y la persistente situación de subdesarrollo de las países del “*Tercer Mundo*” parecía agrandarse sin un horizonte realista a la vista que permitiese vislumbrar su superación. Nacían las filosofías y las teologías de la liberación. En todo caso era un hecho indiscutible el alejamiento por parte de estos jóvenes de la moral y de los estilos de vida y de religiosidad de sus padres: la generación sacrificada de la reconstrucción económica y política de la Postguerra. Adoptan actitudes de ruptura rebelde, más o menos radical, con el ambiente de nuevo “*aburguesamiento*” en el que supuestamente habrían sido educados, y escenifican un “*nuevo tipo de revolución*” cuyo “*slogan*” favorito sería el “*prohibido prohibir*”. “*El mayo del 68*” francés es su gran puesta en escena histórica con un discurso intelectual confuso y, a fin de cuentas, nihilista. ¿Sus consecuencias? Fueron muchas y graves en los distintos órdenes de la vida personal y social. Empieza a ganar terreno un subjetivismo radical en la concepción de la vida y una visión y experiencia de la dimensión sexual de la personalidad humana puramente hedonista. Hoy, pasado ya casi medio siglo, ha quedado en el recuerdo y en el lenguaje como “*Revolución sexual*”. En este cuadro histórico, a la vista de cualquier observador atento del acontecer mundial en el año de la finalización del Concilio, asomaban algunos serios indicios de que pudieran estar a punto de estallar conflictos bélicos de extraordinaria gravedad en Tierra Santa y en el Vietnam, con efectos amenazadores para la estabilidad y el mantenimiento de la paz en la comunidad internacional. Y tampoco se podía pasar de largo ante otro hecho de extraordinaria relevancia política y espiritual: el intento simultáneo de revolución juvenil de inspiración bien distinta a los de los jóvenes occidentales, que las tropas del Pacto de Varsovia ahogaban en represión violenta: la conocida como “*Primavera de Praga*”, aplastada militarmente en agosto de 1968.

Se comprende, por tanto, que el proceso de aplicación de las enseñanzas y de las orientaciones del Concilio se iniciase en medio de circunstancias complejas y difíciles, que traían su origen, además, no sólo de fuera, sino también del interior de la Iglesia. El dramático fenómeno del abandono del ministerio y de la vocación de consagración por parte de un gran número de sacerdotes y religiosos, en crecimiento constante hasta finales de los años setenta, constituye la prueba más perturbadora y dolorosa de lo dicho, y el rechazo de la doctrina moral de la Iglesia sobre el matrimonio y la transmisión de la vida, enseñada en la Encíclica “*Humanae Vitae*” de Pablo VI del 25 de julio de 1968, una de sus manifestaciones más inquietantes. En el fondo estaba pasando que la lectura y comprensión de la doctrina conciliar se venía sometiendo a lo que Benedicto XVI ha llamado la “*hermenéutica de la*



discontinuidad y de la ruptura”⁴. Más aún, se estaba incubando en no pocos ni escasos sectores de la opinión pública de la Iglesia todo un cuestionamiento de verdades fundamentales de la fe cristiana. No se explica de otro modo que el Papa Pablo VI se decidiese a proclamar “un Año de la fe” en 1967, apenas iniciado el proceso pastoral y canónico de la aplicación del Concilio. La intención y el motivo latente y operante en la convocatoria del Año de la fe de 1967 no admitía dudas en la opinión de Benedicto XVI: “En ciertos aspectos, mi Venerado Predecesor -subraya el Papa- vio ese Año como «una consecuencia y exigencia postconciliar», consciente de las graves dificultades del tiempo, sobre todo, con respecto a la profesión de la fe verdadera y a su recta interpretación”⁵. El mismo Pablo VI deja traslucir inequívocamente esta intención al proponerse como objetivo principal del Año de la Fe el que toda la Iglesia adquiriese una “exacta conciencia de su fe, para reanimarla, para purificarla, y para confesarla”⁶.



Parecía claro que las claves teológicas y pastorales que habían comenzado a utilizarse en la interpretación del Concilio se alejaban abiertamente de la verdad del Evangelio y de lo que exige la gran disciplina de la Iglesia -es decir, de una recta eclesiología conciliar-, en no pocos casos y ambientes. ¿Cómo lograr así un anuncio y profesión de la fe en el Misterio de Cristo verdaderamente misionera? ¿Cómo iba a ser posible conseguir de este modo el efecto de siembra evangelizadora y, menos aún, el de fermento santificador y transformador de todas las realidades temporales? Sobre el fundamento de un pensamiento y de una praxis crítica con los aspectos más esenciales de la doctrina de la fe no se podía sustentar acción evangelizadora alguna, digna de tal nombre. La apelación a un supuesto “*espíritu del Concilio*” y a las exigencias de una Evangelización a la medida del hombre moderno actuaba muy eficazmente a favor de las tesis rupturistas. En esta coyuntura eclesial, muy avanzado ya su Pontificado, Pablo VI siente la urgencia de una aclaración doctrinal, completa y eficaz de uno de los temas más controvertidos entre los círculos teológicos y pastorales en los que se discutía el curso de la aplicación conciliar: el concepto y la verdad de la evangelización. El Papa recurre para ello a la convocatoria de la Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, la Tercera, fijando octubre de 1974 para su celebración, con el título: “*La Evangelización en el mundo moderno*”. De sus proposiciones saldría luego la Exhortación Apostólica “*Evangelii Nuntiandi*” del 8 de diciembre de 1975, ya citada. Pablo

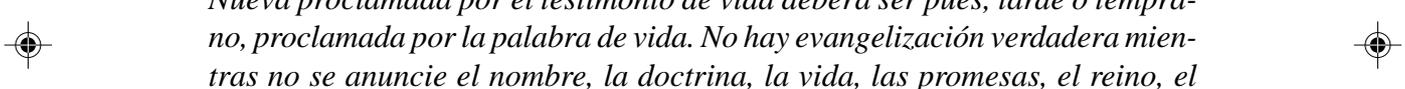
⁴ Discurso a la Curia Romana, 22 de diciembre 2011.

⁵ Carta Apostólica “Porta Fidei”, n. 5.

⁶ Exhortación Apostólica “Petrum et Paulum Apostolos”, AAS. 59, 198.



VI deja muy clara la respuesta que buscaba para la pregunta más apremiante de aquella hora histórica: “*después del Concilio y gracias al Concilio que ha constituido para ella una hora de Dios en este ciclo de la historia, la Iglesia ¿es más o menos apta para anunciar el Evangelio y para insertarlo en el corazón del hombre con convicción, libertad de espíritu y eficacia?*”⁷. La respuesta de “*la Evangelii Nuntiandi*” atestiguará la extraordinaria lucidez doctrinal del Papa y su fina sensibilidad pastoral. A través de una enseñanza enraizada en la fe de la Iglesia y contrastada a través de un certero conocimiento del “*sitio en la vida*” del hombre y de la sociedad contemporánea, Pablo VI aborda exhaustivamente todos los puntos clave de la problemática planteada: “*del Cristo Evangelizador a la Iglesia Evangelizadora*”, “*qué es evangelizar*”, “*contenido de la evangelización*”, “*medios de evangelización*”, “*los destinatarios de la evangelización*”, “*agentes de evangelización*” y “*el espíritu de la evangelización*”. Si quisiéramos espigar alguno de los pasajes más reveladores del valor doctrinal y pastoral de la “*Evangelii nuntiandi*” para una correcta y plena comprensión teológica de lo que es y debería ser la nueva Evangelización, en viva y consecuente sintonía con las enseñanzas del Concilio Vaticano II, podíamos quedarnos con este: “*la Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazareth Hijo de Dios*”⁸.



3. El Pontificado del Beato Juan Pablo II

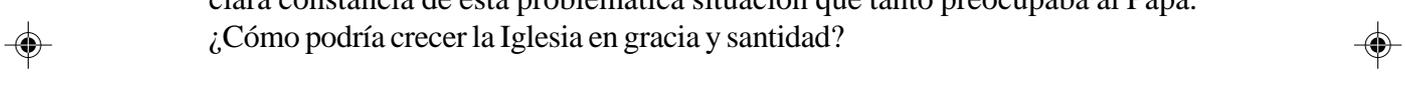
Con Juan Pablo II, la conciencia de la necesidad de evangelizar al hombre y a la sociedad de fin de siglo XX cobra un nuevo vigor espiritual. Con su encendido, valiente y entregado entusiasmo apostólico el objetivo de la evangelización alcanza su momento más álgido y su expresión más misionera. Él es el que va a acuñar la expresión y la fórmula de “*Nueva Evangelización*”. Se ha hecho famosa -y de citación obligada- la alusión a la nueva evangelización en su discurso a la XIX Asamblea del CELAM de 9 de marzo de 1983: “*La conmemoración del medio milenio de evangelización (de América) tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como Obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso, no de re-evangelización, pero sí de una evangelización nue-*

⁷ Exhortación Apostólica “*Evangelii Nuntiandi*”, n. 4.

⁸ *Ibidem*, n. 22.



va. *Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión*". Para aquella fecha, el Papa había sufrido y superado milagrosamente el atentado del 13 de mayo de 1981 y el impacto de su presencia y de su palabra prodigada con un celo pastoral infatigable -por ejemplo, en su Polonia natal, todavía sometida al poder la Unión Soviética-, comenzaba a notarse en un incipiente desmoronamiento de su base ideológica: el marxismo comunista; y en la apertura de un horizonte de esperanza para un no lejano final de *"la guerra fría"*. Finalizarla parecía una condición *"sine qua non"* para poder abordar desde una ética de justicia social y de solidaridad, y con un *"mínimum"* de realismo, los gravísimos problemas del Tercer Mundo. Las preocupaciones principales de Juan Pablo II iban, sin embargo, en la otra dirección de la vida interna de la Iglesia. Las consecuencias, derivadas de una equivocada interpretación del Concilio Vaticano II tanto en el campo de la fidelidad doctrinal como en el de la salvaguarda canónica del principio de *"comunión eclesial"*, continuaban perturbando gravemente su acción pastoral, su vitalidad interior y un ejercicio fecundo de su misión apostólica. *"El informe sobre la Fe"*, del entonces Cardenal Joseph Ratzinger, publicado años más tarde, en 1985, y la convocatoria de la Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos de ese mismo año 1985, dejaban clara constancia de esta problemática situación que tanto preocupaba al Papa. ¿Cómo podría crecer la Iglesia en gracia y santidad?



Juan Pablo II afrontará con una energía espiritual sin precedente el desafío histórico de *"los signos"* de su tiempo durante casi tres largas décadas cruciales para la Iglesia y para el mundo. Asumió la tarea ingente -casi abrumadora- de supremo Pastor de la Iglesia Universal y Vicario de Cristo con la conciencia de la responsabilidad histórica de que era inaplazable el impulsar una nueva evangelización del hombre y de la sociedad que se encaminaba al Tercer milenio de su historia, dada la situación de profunda descristianización de los pueblos y naciones de multiseculares raíces cristianas de las que se habían alimentado cultural y espiritualmente en su génesis y desarrollo durante los períodos más largos de su historia. ¡Era la misión que el Señor le confiaba muy directamente! Si se quiere captar y comprender acertadamente la nota más característica de cómo afrontó su ministerio pastoral de Sucesor de Pedro, hay que acudir a ese convencimiento personal suyo de que apremia evangelizar de nuevo: ¡que es urgente una nueva Evangelización! Su Magisterio ordinario y extraordinario, de enorme riqueza por los temas tratados y por el modo pedagógico de tratarlos, se extiende a todas las grandes verdades de la fe y de la vida cristiana. La trilogía de las Encíclicas sobre las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad; las Encíclicas sobre el fundamento teológico de la moral cristiana y sobre alguna de las grandes cuestiones de la moral personal y



social más debatidas al finalizar el siglo XX, como fueron la “*Veritatis Splendor*” y “*el Evangelio de la Vida*”; la Encíclica “*Fides et Ratio*” de 1999 que aclarará penetrantemente el punto quizá más sensible intelectual y existencialmente en orden a poder entender la raíz más sutil de la crisis postmoderna de la fe -el relativismo y escepticismo filosófico-, son otras tantas muestras de ese valiosísimo Magisterio. Sus catequesis semanales y sus innumerables Homilías y alocuciones, pronunciadas a lo largo y a lo ancho del planeta, por otra parte, llevaban el Mensaje de “*Jesucristo Redentor del hombre*” a creyentes y no creyentes con una cercanía humana y una fuerza espiritual del todo excepcional: ¡fascinante! A todo esto hay que añadir los temas que propone a la Asamblea del Sínodo de Obispos -con las consiguientes Exhortaciones postsinodales- que se centran en los problemas eclesiales y espirituales que más implicaban al proyecto de una nueva evangelización: la catequesis, el sacramento de la penitencia, el matrimonio y la familia. Y, finalmente, es obligado mencionar la gran atención que prestó a la decisiva pregunta por los nuevos evangelizadores: los laicos, los sacerdotes, los religiosos, los Obispos... En ellos y con ellos se jugaba el futuro de la Nueva Evangelización. Los cinco Sínodos Continentales, que precedieron a la celebración del Gran Jubileo del Año 2000, significaron quizá uno de los aspectos de su Pontificado más directamente relacionados con la puesta en práctica del contenido y de los modos pastoralmente adecuados para conseguir evangelizar de nuevo al hombre y al mundo moderno y postmoderno, tomando como punto de partida una “*Iglesia evangelizada*”.

Juan Pablo II, con su palabra y con sus obras e iniciativas apostólicas, representa el ejemplo más vivo de cómo ha de concebirse y realizarse la evangelización en la actualidad. Entre esas iniciativas sobresalen, tanto por el extraordinario tacto espiritual que las inspira como por su acierto pastoral y por su genialidad pedagógica, las Jornadas Mundiales de la Juventud. La ocasión verdaderamente providencial para iniciarlas se la proporciona el Año Mundial de la Juventud de Naciones Unidas de 1985. La razón profunda que lo mueve es la preocupación de quien se siente Padre y Pastor de tantos jóvenes de dentro y de fuera de la Iglesia; que conoce bien sus problemas más lacerantes y sus nuevos estilos de vida. Es la juventud que viene del “*Mayo del 68*” -del “*mayo europeo y americano*”- y de las nuevas modas universales: ¡triunfaba “*el Rock*” multitudinariamente! Una juventud, en el último término, sedienta y necesitada de grandes respuestas para el futuro de su vida; a la búsqueda de nobles, veraces y grandes ideales que la entusiasme y conduzca en sus caminos de presente y de futuro. En la IV Jornada Mundial de la Juventud de Santiago de Compostela (19-20, agosto de 1989), pocas semanas antes de la caída del Muro de Berlín, Juan Pablo II iba a ofrecer a los

jóvenes del “2000” el inigualable modelo de Jesucristo “*Camino, Verdad y Vida*”: ¡el camino, la verdad y la vida para ellos y para una humanidad necesitada de auténtica salvación! En la Ciudad del Apóstol, en aquellos días memorables de la más grande peregrinación “*jacobeá*” que conocieron los siglos, se abría un nuevo y gozoso capítulo de la relación Iglesia-Juventud.

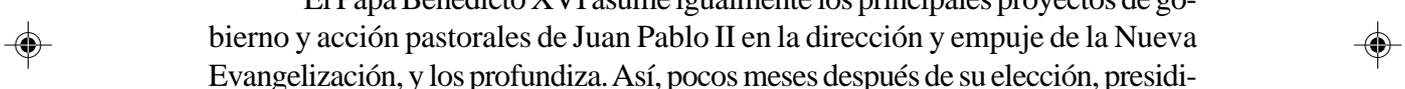
4. Benedicto XVI

El Sucesor del Beato Juan Pablo II toma sin vacilaciones “*el testigo*” de la nueva evangelización desde su primera Homilía en la Misa concelebrada con el Colegio Cardenalicio al día siguiente de su elección como Sucesor de Pedro: “*La Iglesia en su conjunto, y en ella sus pastores, como Cristo han de ponerse en camino para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, y de la vida en plenitud*”⁹. El nuevo Papa asume plenamente tanto la concepción teórica como las iniciativas prácticas para la nueva evangelización que su predecesor había diseñado. Sus procedimientos pastorales más valiosos para la vida y misión de la Iglesia de principios del Tercer Milenio los asume sin reservas. Las Encíclicas de Benedicto XVI sobre las virtudes teologales de la caridad y de la esperanza y sobre la nueva forma socio-económica, ética y cultural de presentar “*la cuestión social*” a la luz del principio teológico de “*la caridad en la verdad*”, así como sus Exhortaciones postsinodales “*Sacramentum Caritatis*” y “*Verbum Domini*”, respiran el aliento fresco de la nueva evangelización. En su magisterio ordinario, extraordinariamente abundante, -sus catequesis, homilías, alocuciones y discursos con motivo de acontecimientos, visitas y viajes pastorales, lo más diversos- son un verdadero modelo de cómo evangelizar atractivamente hoy. Con claridad y profundidad teológica de contenidos y con un lenguaje literariamente bello y a la vez transparente y sencillo ha abierto un nuevo surco para un fecundo ministerio de la palabra al servicio de la nueva evangelización, capaz de llegar a cercanos y a alejados. Nuestro Santo Padre Benedicto XVI, en los ya casi siete años de pontificado, ha puesto de relieve con un finísimo sentido intelectual y espiritual cual es el actual “*sitio en la vida*” donde se juega el gran empeño e ideal apostólico de la Nueva Evangelización, apuntando a las corrientes científicas y éticas positivistas, dominantes en el pensamiento y en la cultura contemporáneas. “*La dictadura del relativismo*” -expresión suya- inunda en la actualidad tanto la mentalidad como el comportamiento personal y social de los estamentos más influyentes de la sociedad

⁹ 24 de abril 2005: AAS 97,710.



y de la opinión pública. Se trata de un hecho fácilmente constatable en los medios de comunicación social, en las instituciones de enseñanza superior y en los grandes foros nacionales e internacionales donde se forjan las líneas de orientación socio-económicas y política del mundo de hoy. La repercusión de este relativismo intelectual y moral en las jóvenes generaciones, patente en las expresiones más exitosas de la actual “*cultura juvenil*”, es de una inquietante gravedad. Ellas son las receptoras más indefensas, psicológica y espiritualmente, de ese mundo de ideas y de paradigmas de vida marcado por el escepticismo intelectual, moral y religioso. El resultado: su decepción humana y espiritual ante la oferta de proyectos de vida supuestamente plena y lograda que les hacen sus mayores y que desembocan en el vacío personal cuando no en el fracaso profesional. Ni se ha producido “*el fin de la historia*” con la caída del Muro de Berlín y del Comunismo soviético, ni ha tenido lugar hasta ahora “*el choque de las civilizaciones*” que pronosticaban dos conocidos ensayistas norteamericanos en su interpretación de la historia, respectivamente después de 1989, caída del Muro de Berlín, y septiembre del 2011, cuando fueron derribadas las torres gemelas de Nueva York.



El Papa Benedicto XVI asume igualmente los principales proyectos de gobierno y acción pastorales de Juan Pablo II en la dirección y empuje de la Nueva Evangelización, y los profundiza. Así, pocos meses después de su elección, presidirá la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, convocada por su predecesor. De él es ya la iniciativa y la presidencia de la de Sydney en julio de 2009 y de la de Madrid en la tercera semana de agosto del año pasado, 2011. Su impronta personal en el estilo y en los modos de su celebración, tanto por lo que respecta a la fase de los días previos a su llegada como en los actos centrales, es inconfundible. La oración vivida en la forma de adoración y de acogida del Señor, que sale al encuentro de los jóvenes personalmente y en grupos, y el ambiente de fe profundamente experimentada y profesada en las muy cuidadas celebraciones litúrgicas que el preside, son sus características más destacadas.

Un objetivo central se desvela cada vez con mayor nitidez en la intención principal de Benedicto XVI al renovar la llamada del Beato Juan Pablo II a la nueva evangelización con un vigor sorprendente por su firmeza y por su fuerza apostólica: “*la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo*”¹⁰. En la Carta Apostólica (a modo de Motu Proprio) “*Porta Fidei*”, en la que

¹⁰ Carta Apostólica “*Porta Fidei*”, n. 2.

da a conocer a la Iglesia su decisión de convocar un Año de la Fe (11.octubre.2012 - 24.noviembre.2013), concreta y explica este objetivo con realismo pastoral y, a la vez, con gran audacia misionera. Invita, en primer lugar, a los creyentes a procurar “la conversión” como punto de partida y primer paso para recibir y acoger el don de la fe: “el compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos. Como afirma san Agustín, los creyentes «se fortalecen creyendo»”¹¹. Y anima, luego, a profesar y a confesar la fe con palabras y obras, privada y públicamente, como condición insoslayable para evangelizar de nuevo en verdad y con verdad. Para lo cual es indispensable “redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, (que) es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este Año... En efecto, existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento”¹². Ya Romano Guardini en un hermoso opúsculo de 1935 titulado, “De la vida de la fe”, insistía en la inseparabilidad del acto de creer y de su contenido: creer -la fe- “es la respuesta del hombre a Dios que viene a su encuentro en Cristo”¹³.

De ahí que el Papa exhorte al estudio del Catecismo de la Iglesia Católica como instrumento necesario de formación de la fe para la nueva evangelización y para su fecundidad misionera, subrayando su valor para afrontar lúcidamente los interrogantes de mayor actualidad y complejidad, suscitados por la influyente y tan propagada mentalidad científica y tecnológica en la mente de los creyentes y de la gente sencilla. En el Catecismo de la Iglesia Católica -subsidio precioso e insustituible para los nuevos evangelizadores-, puede encontrarse una bella síntesis de los contenidos de la fe a la altura de las exigencias actuales del Tercer Milenio: ¡“Es uno de los frutos más importantes del Concilio Vaticano II”¹⁴! El Papa alerta de que “la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no

¹¹ Ibídem, n. 7.

¹² Ibídem, n. 9, 10.

¹³ “Die Antwort des Menschen an den in Christus komenden Gott”: R.Guardini, Vom Leben des Glaubens, Regensburg 1963⁵, 32.

¹⁴ Carta Apostólica “Porta Fidei”, n. 11.

puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree”¹⁵.

Esa “responsabilidad social de lo que se cree” explica la exhortación final del Papa para que “el Año de la Fe” sea aprovechado como “una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad... La fe sin caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda”¹⁶. De este modo, se despejarán los muchos obstáculos que se interponen entre la experiencia de la razón y de la vida en muchos no creyentes y la que dicen encontrar en los creyentes. La Evangelización por la vía del testimonio de los hechos y de las conductas obra milagros en los que buscan sinceramente conocer el rostro de Dios. Son un aspecto esencial de “los Preámbulo fidei”. Imbuir de Evangelio las realidades económicas, sociales, culturales y políticas de nuestro tiempo resulta tanto o más urgente en el comienzo del siglo XXI, que en el arranque histórico-espiritual del siglo XX. No se debe, sin embargo, pasar por alto la advertencia del Papa: “Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado”¹⁷. En estas palabras de Benedicto XVI parece resonar el diagnóstico de la situación religiosa y espiritual de las sociedades europeas que hacía la II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos (octubre de 1999) y que Juan Pablo II introducía en la Exhortación Apostólica Postsinodal “Ecclesia in Europa” de 28 de junio de 2003: “La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera”¹⁸.

Las Jornadas Mundiales de la Juventud ofrecerían la imagen contraria: la de una juventud enraizada y edificada en Cristo que lo proclama ante el mundo como “nuestro Hermano, nuestro Amigo, nuestro Señor”: ¡Salvador del hombre y Señor de la historia! Los jóvenes de la JMJ-2011 iban a dar de nuevo a la Iglesia y a todos

¹⁵ *Ibíd.*, n. 10.

¹⁶ *Ibíd.*, n. 14.

¹⁷ *Ibíd.*, n. 2.

¹⁸ Exhortación Apostólica “Ecclesia in Europa”, n. 9.



sus amigos y contemporáneos de todos los países de la tierra un bellissimo y emocionante testimonio de la fe en Jesucristo, con el valor y la alegría propia de la Nueva Evangelización.

III. LA JMJ-2011 Y SU APORTACIÓN A LA NUEVA EVANGELIZACIÓN



En la JMJ-2011 se ha vuelto a demostrar palmariamente cómo en esta experiencia, en principio de pastoral juvenil, la Iglesia ha encontrado una fórmula e instrumento de evangelización sumamente apta para responder con frutos de conversión a la exigencias de la hora histórica por la que atraviesa la humanidad. En la JMJ de Madrid se pudo comprobar qué significa evangelizar “*con nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones*” y, nada menos, que en un campo sociológico de la sociedad contemporánea tan gravemente golpeado por la crisis como es el de la juventud. Una crisis generalizada y profunda que, como advierte constantemente el Santo Padre, no se circunscribe al campo de la economía y de la política, sino que llega a los mismos fundamentos éticos, religiosos y espirituales sobre los que se edifican los proyectos socio-culturales del hombre actual.



En los días de la Jornada Mundial de la Juventud del pasado agosto, la Iglesia se ha presentado al mundo como el espacio vital donde los jóvenes de hoy día -¡el hombre!- forman como una familia universal, ofrecida y compartida sin límite socio-político y cultural alguno: familia y pueblo de los que en Cristo, por Cristo y con Cristo han sido llamados a la vida de los hijos de Dios. La magna asamblea de los jóvenes de Madrid proclamó con el testimonio de la palabra y del ejemplo de las obras que Jesucristo, “*el Dios con nosotros*”, muerto y resucitado por nuestra salvación, ha salido al encuentro del hombre para hacerle partícipe de su amistad: de una relación de amigo que le da la vida y la vida en plenitud. La JMJ-2011 fue con notas y rasgos propios y nuevos una gran y hermosa Fiesta de la fe: ¡una fe joven de la que se desprendía luz, gozo y alegría para toda la ciudad y toda la humanidad a través principalmente de los medios audiovisuales de comunicación! En la JMJ, la Iglesia, esencialmente Católica y Apostólica, reunida en la unidad y en la comunión de la fe y de la caridad, experimentada intensamente por sus jóvenes generaciones, alumbraba para el hombre y la sociedad “*crítica*” de comienzos del Tercer Milenio el camino del verdadero y fecundo futuro: el de la santidad.



Los jóvenes provenientes de todas las diócesis del mundo se habían preparado para el encuentro de Madrid orando y haciendo penitencia. En los días de las diócesis españolas, inmediatamente anteriores a la celebración en Madrid, se habían unido a nuestros jóvenes compartiendo, piadosa y jubilosamente, la espera y esperanza de unos días junto al Santo Padre, pletóricos del gozo del Señor que se acerca. La Cruz y el Icono mariano de las Jornadas Mundiales habían recorrido toda España a lo largo de una peregrinación de casi tres años, templando y entusiasmando el alma y el corazón de nuestra propia juventud para los días del encuentro final en Madrid: ¡encuentro con Cristo! en la comunión de la Iglesia presidida por su Vicario en la Tierra, el Sucesor de Pedro, acompañado por numerosos miembros del Colegio Episcopal, con sus presbíteros, consagrados, sus familiares y educadores. El Papa los había convocado y ellos respondían con fe entusiasmada y devota, viendo en Benedicto XVI al primer testigo y maestro de la fe. Su palabra cálida, sencilla, cercana a sus problemas más hondamente sentidos, luminosa... les guiaba y alentaba a la escucha interior de lo que el Señor les decía y pedía: la respuesta de una fe profunda y traducida a la vida, de un “sí” a su llamada, o, lo que es lo mismo, a la vocación que marcara definitivamente la orientación futura de sus vidas: el sacerdocio, la consagración, la familia, el testimonio cristiano en el mundo de las realidades temporales. La escucha de la palabra del Papa había venido precedida de las catequesis de los Obispos, de los ratos de adoración ante el Santísimo y de la oración vivida en grupos silenciosamente y/o en el rezo común de la Liturgia de las horas o del Santo Rosario. “*La Fiesta del Perdón*” les había franqueado la puerta del Sacramento de la reconciliación y de la penitencia, sincerándose con el Señor ante el sacerdote: confesando sus pecados, llorándolos y alegrándose con su abrazo de perdón y amor misericordioso. En el ejercicio del Vía Crucis, denso espiritualmente, humana y espiritualmente conmovedor, confirmaban su sí al Jesucristo que había salido en su búsqueda amorosamente con su Corazón abierto para conducirlos finalmente a la Adoración Eucarística de la noche del sábado en el Aeródromo de “*Cuatro Vientos*” y a la gran celebración eucarística del Domingo con el Papa: ¡el momento culminante del encuentro con el Señor Resucitado!

Detrás quedaban jornadas en las que el testimonio de su fe -la profesión y la confesión pública de que Jesucristo era el Salvador del hombre- había sido manifiesto a través de un comportamiento personal y colectivo ejemplar, siempre dispuesto para la ayuda pronta y sacrificada al prójimo y para cualquier ejercicio de solidaridad. El cuidado dispensado a los numerosos peregrinos con alguna discapacidad fue sencillamente admirable. El Papa les alentó personalmente seña-



lándoles la vía del verdadero amor fraterno con su visita al Instituto de San José. En el Festival Joven pudieron ser testigos y protagonistas de cómo el arte y la cultura, cuando se piensan, proyectan y realizan como “*transparencia*” para la noticia y el conocimiento del Evangelio de Cristo, son de una belleza inigualable. ¡Valía la pena ser sus testigos con la palabra, con las obras y con la vida! Los actos del Papa con grupos específicos de jóvenes peregrinos sirvieron para desplegar ante los ojos de todos el atractivo de la vocación para la vida consagrada -encuentro con las jóvenes religiosas en El Escorial- de la vocación para el sacerdocio -Santa Misa con los seminaristas en la Catedral de La Almudena- y de la vocación del cristiano seglar, asumida y realizada como “*un apostolado*” de la verdad y del amor de Cristo, en el acto con los jóvenes Profesores Universitarios en la Basílica de San Lorenzo de El Escorial. El encuentro con las decenas de miles de voluntarios en el Ifema, ¡admirables en su servicio!, antes de tomar el avión que le conduciría a Roma pondría de relieve ¡apoteósicamente! la riqueza de lo que significa el ser y la vocación del cristiano: poder vivir del amor de Jesucristo y ser capaz de difundirlo en el mundo.



¡Una estela de alegría contagiosa había recorrido los más cercanos y lejanos lugares donde vive la Iglesia de Cristo! ¡La esperanza alumbraba en el corazón de los jóvenes y de los mayores en España, en Europa y en todo el mundo! El Evangelio de Jesucristo, la Buena Noticia de la salvación, había brillado como “*una verdadera cascada de luz*”.



La JMJ-2011 aportaba a la Iglesia experiencias pastorales, apostólicas y misioneras valiosísimas y argumentos nuevos y convincentes para que todos sus hijos e hijas hagan suyo con todo el corazón, con toda el alma y con todas sus fuerzas, el programa de la Nueva Evangelización a la que nos ha llamado el Santo Padre. La próxima JMJ del 2013 en Río de Janeiro nos espera como una etapa nueva; el Año de la Fe como una gracia singular.



CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS



Juez diocesano “Ad Casum” del Tribunal Eclesiástico Metropolitano (renovación del nombramiento): Ilmo. Sr. D. Ricardo Ezpeleta Ezpeleta (1-3-2012).



PÁRROCOS

De San Dámaso: D. José Manuel Lanas Coto (6-03-2012).

De San Benito Menni: D. Alfonso Díez Klink (06-03-2012).

De San Marcos: D. Francisco Pérez González (21-3-2012).

De Nuestra Señora del Buen Consejo: D. Ángel Luis Miralles Sendín (6-3-2012).

De Nuestra Señora de Fuente del Fresno, de San Sebastián de los Reyes (Madrid): D. Javier Sánchez-Cervera de los Santos (6-3-2012).

De Santiago y San Juan Bautista: D. Carlos Roberto Cano Alonso (13-3-2012).

VICARIOS PARROQUIALES

De Nuestra Señora de Luján: D. Miguel Ángel Sastre Sogno (06-03-2012).

De Beata María Ana Mogas: P. Óscar Javier Capilla Barreda, L.C. (06-03-2012).

De Santa Eulalia: P. Ubaldino Bravo Gutiérrez (21-3-2012).

De Virgen del Camino, de Collado Villalba: D. José Manuel Rabanal Martínez (21-3-2012).

ADMINISTRADOR PARROQUIAL

De Nuestra Señora de la Guía: D. José Manuel Lanas Coto (13-3-2012).

De Santa Teresa de Jesús de Tres Cantos (Madrid): D. Mauricio Antonio Jiménez Feria (27-3-2012).

CAPELLÁN

Del Hospital Psiquiátrico “Rodríguez Labora”: D. Luis María Cuellas Cuadra (06-03-2012).

De Hospital Madrid-Sanchinarro: D. José M^a Garcíandía Gorriti (13-3-2012)

De la Residencia de Ancianos Arte-Vida de Alcobendas: D. Juan Manuel Rodríguez de la Rosa (13-3-2012).

CONSILIARIO de la Asociación Pública de Fieles “Asociación Religiosa Mater Dei”: D. Juan Pedro Ortuño Morente (31-03-2012).

RECTIFICACIÓN

En el BOAM del mes de febrero de 2012 de la página 162 aparece el P. PABLO ANTONIO ROSERO DEL PEZO, C.P. como ADSCRITO a la Parroquia de Santa María de la Caridad, de Madrid. Debe aparecer como VICARIO PARROQUIAL de la mencionada parroquia (21-02-2012).



DEFUNCIONES



El día 8 de marzo de 2012 ha fallecido Dña ÁNGELA ARGIBAY, madre de los sacerdotes D. Jorge y D. José Delgado Argibay, párroco de Santo Tomás Apóstol de Madrid y Vicario Parroquia de Santiago Apóstol de Colmenarejo (Madrid), respectivamente.



El día 3 de marzo de 2012 ha fallecido la Hermana MARÍA TERESA SÁNCHEZ BALLESTEROS, Oblata de Cristo Sacerdote.

El 17 de marzo de 2012 falleció la HERMANA BEATRIZ DE JESÚS (Rosa fraga Rodríguez) a los 90 años de edad y 70 de Vida consagrada en el Monasterio de Santa Ana y San José de las Monjas Carmelitas Descalzas de Madrid.

El día 19 de marzo de 2012 falleció el Ilmo. Monseñor D. JOSÉ MARÍA BRAVO NAVALPOTRO. Nació en Campisábalos (Guadalajara) el 5 de junio de 1938. Realizó sus estudios en el Seminario Conciliar de Madrid. Es ordenado sacerdote en Madrid el 10 de junio de 1962. Hizo estudios de Filosofía en la Universidad Munich (Alemania) donde obtuvo el título de Doctor en el año 1972. En la actualidad era párroco de la Parroquia de Nuestra Señora del Tránsito, de Madrid, desde el 17 de enero de 2012. Oficios desempeñados: Curso ecónomo de San



Benito Abad, de Gargantilla de Lozoya, desde el 17 de agosto de 1962 al 1 de octubre de 1965. Cura encargado de San Miguel Arcángel, de Navarredonda, en las mismas fechas. Capellán del Instituto Ramiro de Maeztu, de Madrid desde el 15 de octubre de 1965 a 1 de octubre de 1968. Realiza estudios de filosofía en Munich (Alemania) desde octubre de 1968 a junio de 1972. Cura párroco de Nuestra Señora del Castañar, de Madrid, desde el 1 de julio de 1972 al 13 de septiembre de 1995. Profesor de filosofía del Estudio Teológico del Seminario de Madrid, desde el curso 1977 hasta 1990. Profesor No Numerario de Filosofía de la Facultad de Teología San Dámaso de Madrid, desde 1990 a 1997. Delegado diocesano de Pastoral del Turismo y del Tiempo Libre, desde el 25 de febrero de 1982 al 13 de septiembre de 1995. Arcipreste de Santa María Micaela, de Madrid, desde el 15 de septiembre de 1989 al 8 de junio de 1995. Director espiritual del Seminario Misionero Diocesano Redemptoris Mater “Nuestra Señora de la Almudena” de Madrid, desde el 22 de noviembre de 1991 al 13 de septiembre de 1995. Miembro del Tercer Sínodo Diocesano celebrado en el año 2005. Miembro electo del Consejo Presbiteral desde el 25 de marzo de 1994 hasta el 24 de octubre de 1994. Vicario Episcopal de la Vicaría I-Norte de la Archidiócesis de Madrid y miembro nato del Consejo Presbiteral, desde el 13 de septiembre de 1995 al 17 de enero de 2012. Prelado de Honor de Su Santidad (20-1-2012).

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.



SAGRADAS ÓRDENES



El día 24 de marzo de 2012, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Fiderl Herráez Vegas, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Parroquia de San Francisco Javier, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado, al **Rvdo. P. Crisanto Ebang Abeso Obono, S.J.**, y el Sagrado Orden del Diaconado a los escolares

Mauricio Burbano Alarcón, S.J.,
Enrique Gómez-Puig Gómez, S.J. y
Javier Montes Maury, S.J.



ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. MARZO 2012

- 
- 
- Día 1:** Encuentro con sacerdotes de la Vicaría III
Misa en la Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora, en el aniversario de Comunión y Liberación y del fallecimiento de Mons. Giussani
- Día 2:** Encuentro con sacerdotes de la Vicaría I
Misa en la Basílica de Jesús de Medinaceli
- Día 3:** Clausura de la Visita pastoral al Arciprestazgo Santísima Trinidad, en la Parroquia de la Virgen de Lluc
- Día 4:** Encuentro con niños y confirmaciones en la Parroquia Santa Ana y la Esperanza
- Día 5:** Visita a una comunidad de seminaristas
- Día 6:** Consejo Episcopal
Consejo de Cáritas
- Día 7:** Inauguración de las obras del Tribunal de la Rota
Misa con el Tribunal de la Rota en la Basílica Pontificia San Miguel
Visita pastoral a la Parroquia de Cristo Sacerdote
- Día 8:** Acto académico en San Dámaso en la festividad de San Raymundo de Peñafort
Visita a una comunidad de seminaristas
- Día 9:** Comité Ejecutivo de la CEE



- Día 10:** Jornada Diocesana de Apostolado Seglar
Jornada Diocesana de Enseñanza
- Día 11:** Charla cuaresmal en Barcelona
- Día 12:** Visita a una comunidad de seminaristas
- Día 13:** Consejo Episcopal
- Día 14:** Consejo de Economía de la CEE
Confirmaciones en el Colegio Veracruz
- Día 15:** Consejo Presbiteral en Los Molinos
- Día 16:** Consejo Presbiteral en Los Molinos
Pregón de Semana Santa en la Catedral de la Almudena
- Día 17:** Clausura de la Visita Pastoral al Arciprestazgo de Nuestra Señora de la Concepción, en la Parroquia de Nuestra Señora de la Concepción (Pueblo Nuevo)
- Día 18:** Lorca
- Día 19:** Misa en la Iglesia de San José (c/ Alcalá, 41)
- Día 20:** Academia de Ciencias Morales y Políticas
- Día 21:** Consejo Episcopal
Reunión del Museo Cerralbo
Visita a una comunidad de seminaristas
- Día 22:** Encuentro con sacerdotes de la Vicaría VII
Confirmaciones en el colegio El Prado
- Día 23:** Conferencia en la Universidad Rey Juan Carlos
Misa con las Siervas de Jesús
- Día 24:** Misa en la Parroquia de Santa María la Blanca
- Día 25:** Misa en la Parroquia de La Paloma (c/ Toledo, 19)
- Día 27:** Consejo Episcopal
Patronato de la UPSA
- Día 28:** Misa en el Colegio Fundación Caldeiro
- Días 29-30:** Reunión del Pontificio Consejo para los Laicos, en Roma
- Día 31:** Misa en San Lorenzo in Dámaso, en Roma.





Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

**ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO.
MARZO 2012**

1 Jueves

* A las 08:45 h. en el Colegio de las Escolapias de Alcalá de Henares funeral por la Hna. Benilde Díez Díez.

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes y laicos.

* A las 21:00 h. asiste en la parroquia de Ntra. Sra. de la Soledad de Torrejón al “Anuncio de Cuaresma” de las Comunidades Neocatecumenales.

2 Viernes

* A las 10:00 h. Visita al Cuartel de San Juan de Viso.

* A las 14:00 h. Santa Misa en el nuevo Hospital de Torrejón de Ardoz.

* A las 21:00 h. Vigilia de oración con jóvenes en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

3 Sábado

* Encuentro Diocesano de Niños en Talamanca de Jarama.

4 Domingo

II DE CUARESMA B

“Día (y colecta) de Hispanoamérica” (dependiente de la C.E.E., optativa)

* A las 13:00 h., con la comunidad rumana, Santa Misa en la parroquia de Ntra. Sra. del Templo de San Fernando de Henares.

5 Lunes

* A las 19:30 h. en la parroquia de Ntra. Sra. del Rosario de Torrejón de Ardoz charla sobre Nueva Evangelización y Parroquia.

6 Martes

* A las 10:30 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

7 Miércoles

Santas Perpetua y Felicidad, mártires

Reversión de las Reliquias de los Santos Niños Justo y Pastor

Aniversario de la preconización del Sr. Obispo a la Sede de Alcalá de Henares (2009)

* A las 11:00 h. en el Patio de Armas del Palacio Arzobispal encuentro con niños con ocasión de la fiesta de la “Reversión de las Reliquias de los Santos Niños Justo y Pastor”; a continuación procesión hasta la Catedral-Magistral.

* A las 19:30 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral.

8 Jueves

San Juan de Dios, religioso

* A las 11:30 h. Consejo Episcopal.

* A las 18:00 h. en el Palacio Arzobispal entrevista con Radio María.

* A las 20:15 h. preside el Rito de la Entrega de Biblias a una nueva comunidad del Camino Neocatecumenal de la parroquia de la Asunción de Ntra. Sra. de Torres de la Alameda.

9 Viernes

Santa Francisca Romana. San Paciano, obispo

* A las 10:30 h. en el Palacio Arzobispal reunión con el Secretariado de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida.

* De 17:30 h. a 20:30 h., en el Palacio Arzobispal, imparte clase en el Pontificio Instituto Juan Pablo II: Seminario sobre la Encíclica *Humanae vitae*.

* A las 21:00 h. Vigilia de oración con matrimonios en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

10 Sábado

* A las 11:00 h. en el Palacio Arzobispal Encuentro Diocesano de Liturgia.

* A las 18:00 h. en la Abadía de la Santa Cruz (Valle de los Caídos) conferencia de clausura del curso sobre Familia del “Foro San Benito de Europa”.

11 Domingo

III DE CUARESMA B

* A las 12:00 h. acto por la víctimas del atentado del 11 de marzo de 2004 en la estación de tren de Alcalá de Henares.

* A las 18:00 h. saluda en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal a víctimas del terrorismo.

12 Lunes

San Maximiliano, mártir

* A las 10:30 h. en Madrid visita al Director General de Cultura.

13 Martes

* Reunión de Arciprestes.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

14 Miércoles

* Por la mañana encuentro y comida fraterna con los sacerdotes del Arciprestazgo de Alcorcón de la Diócesis de Getafe.

* A las 20:30 h. preside el Rito de la Entrega de Biblias a una nueva comunidad del Camino Neocatecumenal de la parroquia de Santa María Magdalena en Torrejón.

15 Jueves

* A las 10:30 h. en el Palacio Arzobispal visitas de sacerdotes.

* A las 20:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal *Civitas Dei* Aula Cultural Cardenal Cisneros: interviene don Raúl Eguía, miembro del proyecto cinematográfico Infinito más uno.

16 Viernes

* A las 13:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 17:00 h. en el Palacio Arzobispal reunión con la Comisión preparatoria del Año de la Fe.

17 Sábado

San Patricio, obispo.

* De 09:30 h. a 14:00 h. en el Palacio Arzobispal imparte clase en el Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia en el Palacio Arzobispal: Seminario sobre la Encíclica *Humanae vitae*.

18 Domingo

IV DE CUARESMA B

“Día (y colecta) del Seminario”. Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles; colecta.

* A las 10:30 en la Catedral-Magistral Santa Misa televisada por TVE2.

* A las 13:00 h. Santa Misa en la parroquia Santo Tomás Apóstol, de Valverde de Alcalá.

19 Lunes

SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA VIRGEN MARÍA

Onomástica del Papa

* A las 18:30 h. en la Clarisas de la Esperanza Santa Misa con el Seminario Menor y las familias de los seminaristas.

* Por la tarde clausura de los Cursillos de Cristiandad en Loeches.

20 Martes

* Jornada Sacerdotal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

21 Miércoles

* A las 19:00 h. en la Universidad de Alcalá de Henares asiste a la charla sobre San Paulino de Nola.

22 Jueves

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:00 h. visita al Hospital de Ntra. Sra. de la Misericordia (Fundación Antezana - “El Hospitalillo”) de Alcalá de Henares.

23 Viernes

* Por la mañana visita al Colegio Antamira de Paracuellos de Jarama.

* A las 20:00 h. en la Plaza de Cervantes de Alcalá de Henares Rosario por la vida; a continuación marcha en silencio hasta la Catedral-Magistral y allí celebración de la Vigilia por la Vida.

24 Sábado

* A las 11:30 h. en colegio San Gabriel de Alcalá de Henares charla con Equipos de Ntra. Sra. en su retiro de Cuaresma.

* A las 20:30 h. Confirmaciones en la parroquia de San Juan Evangelista de Torrejón de Ardoz.

25 Domingo

V DE CUARESMA B

* A las 12:00 h. charla y Santa Misa en un Retiro con las Siervas de María de Alcalá de Henares.

* Por la tarde convivencia de sacerdotes jóvenes en Becerril de la Sierra.

26 Lunes

LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR

Jornada Pro-Vida (dependiente de la CEE). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal

* Convivencia de sacerdotes jóvenes en Becerril de la Sierra.

27 Martes

* Convivencia de sacerdotes jóvenes en Becerril de la Sierra.

* A las 20:30 h. en la Catedral-Magistral concierto del Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey Nº 1.

28 Miércoles

* A las 11:30 h. Consejo Episcopal.

* A las 18 h. Misa en Coslada con las Cruzadas Evangélicas con ocasión del aniversario del nacimiento de su fundador: don Doroteo Hernández.

29 Jueves

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:30 h. Santa Misa en la parroquia del Santo Ángel de Alcalá de Henares.

30 Viernes

* Por la tarde Santa Misa en la parroquia de Santa María de Alcalá de Henares con la Hermandad de la Soledad; a continuación concierto.

* A las 21:00 h. Vigilia de oración con jóvenes en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

31 Sábado

Sábado de Pasión

* A las 19:00 h. Santa Misa con la Cofradía del Stmo. Cristo Atado a la Columna.



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

**CARTA DE D. JOAQUÍN M^a LÓPEZ DE ANDÚJAR
SOBRE LA ASIGNATURA DE RELIGIÓN**

**“Yo soy el camino, la verdad y la vida”.
Apunta a tu hijo a la clase de Religión.
La asignatura de Religión. Necesidad y derecho**

En relación con la justa autonomía de las realidades temporales, el Concilio Vaticano II enseña que “muchos de nuestros contemporáneos parecen temer que, por una excesivamente estrecha vinculación entre la actividad humana y la religión, sufra trabas la autonomía del hombre, de la sociedad o de la ciencia”. Y continúa: “Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. (...) Pero si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador se esfuma. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida” (GS, 36).

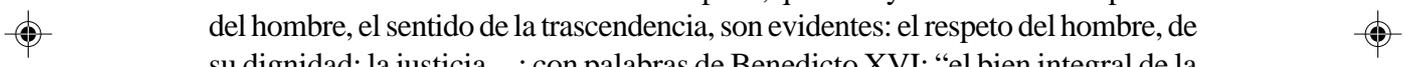


El temor de algunos al que se refieren los padres conciliares se debe, quizás, a la ignorancia, pero es lo contrario: lo que Cristo propone al hombre es una auténtica promoción de todo lo que es profundamente humano.

Además, al recordar y sancionar solemnemente la universal vocación a la santidad en la Iglesia, afirma el Concilio: “Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, que es una forma de santidad que promueve, aún en la sociedad terrena, un modo de vida más humano” (LG, n. 40).

Emerge así la necesidad de una educación religiosa, en el marco de una educación, que no es mera instrucción, que debe ser completa.

La enseñanza de la Religión -calificada acertadamente como optativa- es, para los que lo quieren entender, algo necesario y que la legislación protege: es un derecho de los padres y de los alumnos.



Los frutos de una educación completa, que incluye la dimensión espiritual del hombre, el sentido de la trascendencia, son evidentes: el respeto del hombre, de su dignidad; la justicia...; con palabras de Benedicto XVI: “el bien integral de la persona y de la humanidad entera”.

Es significativo el lema que Benedicto XVI escogió para su viaje a Alemania: “Donde está Dios, hay futuro”. Allí citó las palabras de Romano Guardini: “Sólo quien conoce a Dios conoce al hombre”.

No hay peligro de que la Iglesia se inmiscuya en la esfera del Estado: al contrario. Como escribió González de Cardedal: “La Iglesia existe desde Dios para los hombres y se realiza en la sociedad, invitándola a abrirse a aquella plenitud que deriva de la revelación de Dios en Cristo y del don de su Santo Espíritu. La Iglesia gana con la perfección de la sociedad y la sociedad gana con la santidad de la Iglesia”.

Los medios de comunicación nos informan estos días de que en Rusia han restaurado la asignatura de Religión; y que la ministra británica Sayeeda Warsi, musulmana, dijo en la Academia Pontificia Eclesiástica: “Para asegurar que la fe tiene el espacio adecuado en la esfera pública, para fomentar la armonía social, la gente tiene que sentirse más fuerte en su identidad religiosa, más segura en sus



creencias. En la práctica, esto significa que los individuos no deben diluir su fe y que las naciones no nieguen su herencia religiosa”. Y esto es más que la “educación en valores”.

Dios ensancha los límites de lo racional, porque hay más de lo que se puede “experimentar”: “Dios es la verdadera estrella que orienta al hombre” escribió el Beato Juan Pablo II en la Encíclica *Fides et ratio*.

Por eso es necesario ofrecer a la sociedad el sentido de la trascendencia, la vida del espíritu.

Aún más; os animo, como en aquellos anuncios de hace años, a que no os contentéis con asegurar la asignatura de la Religión para vuestros hijos, sino que animéis a vuestros familiares y conocidos, a los vecinos, para que también ellos proporcionen a los suyos este gran bien.

† Joaquín María. Obispo de Getafe





CARTA DE D. JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR,
OBISPO DE GETAFE,
CON MOTIVO DEL DÍA DEL SEMINARIO

“Pasión por el Evangelio”



Queridos hermanos y hermanas:

El próximo día 18 de marzo, cuarto domingo de Cuaresma, el más próximo a la Solemnidad de San José, celebraremos el día del Seminario, una jornada que despierta en todos nosotros mucho cariño y una gran esperanza.

El lema de este año es **“Pasión por el Evangelio”**. En estas palabras podemos descubrir el origen de la vocación sacerdotal. Pasión por el Evangelio es pasión por Cristo y pasión por Cristo es deseo de estar muy cerca de Él, entrar en su Corazón, tener sus sentimientos, contemplar el mundo con su misma mirada de amor y dejarse seducir por su llamada.

Gracias a Dios, hoy podemos ver en nuestro Seminario a jóvenes que, llamados por Él, han seguido su voz y avanzan hacia el ministerio sagrado. Al verlos, podemos comprobar con gozo cómo Cristo sigue llamando a jóvenes discípulos



para hacerlos apóstoles suyos, permaneciendo así viva la misión de la Iglesia y la pasión por el evangelio.

En este día del Seminario la Iglesia nos invita a rezar por ellos y a cuidarlos. Tenemos que orar por ellos, unidos al Buen Pastor que *“al ver a las gentes se compadecía de ellas porque estaban extenuadas y abandonados como ovejas sin pastor”*, y decía: *“La mies es abundante pero los trabajadores pocos; rogad al dueño de la mies que envíe trabajadores a su mies”* (Mt 9, 36-38).

El Señor, al comienzo de su vida pública, llamó a algunos pescadores entregados al trabajo en las orillas del lago de Galilea. Les mostró su misión mesiánica con numerosos “signos”, que indicaban su amor a los hombres y el don de la misericordia del Padre. Les educó con la palabra y con la vida, para que estuviesen dispuestos a ser los continuadores de su obra de salvación. Y, finalmente, *“sabiendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre”* (Jn 13, 31), les confió el memorial de su muerte y resurrección y, antes de ser elevado al cielo, les envió a todo el mundo con el mandato: *“Id y haced discípulos de todos los pueblos”* (Mt 28, 19).

La propuesta que Jesús hace a quienes dice: “¡Sígueme!” es difícil, pero apasionante. Les invita a entrar en su amistad, a escuchar de cerca su Palabra y a vivir con Él. Les enseña la entrega total a Dios y a la difusión de su Reino, como grano de trigo que muere para dar fruto (cf. Jn 12, 24). Les invita a salir de su propia voluntad, cerrada en sí misma, para sumergirse en la voluntad de Dios y dejarse guiar por ella. Les hace vivir una fraternidad que nace de esta disponibilidad total a Dios (cf. Mt 12, 49-50).

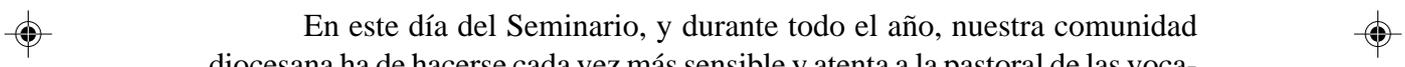
También hoy el seguimiento de Cristo es difícil. Significa aprender a tener la mirada de Jesús, a conocerle íntimamente, a escucharle en la Palabra y a encontrarle en los sacramentos. Supone aprender a conformar la propia voluntad con la suya. Se trata de una verdadera escuela de formación para cuantos se preparan para el ministerio sacerdotal. Esto es el Seminario.

El Señor no deja de llamar, en todas las edades de la vida, incluso muy tempranas, para compartir su misión y servir a la Iglesia en el ministerio ordenado. Y la Iglesia está llamada a custodiar este don, a estimarlo y amarlo. Ella es responsable del nacimiento y de la maduración de las vocaciones sacerdotales. En nuestra Diócesis los dos Seminarios, Menor (en Rozas de Puerto Real) y Mayor (en el



Cerro de los Ángeles), cumplen esta misión, bajo la guía admirable de sus formadores. Tenemos que ayudarles para que de nuestros seminarios salgan los sacerdotes santos que hoy, con tanta urgencia, nuestra Diócesis necesita.

Vivimos un tiempo en el que la voz del Señor parece ahogada por “otras voces” y la propuesta de seguirle, entregando la propia vida, puede parecer demasiado difícil. Por eso, el deber de toda comunidad cristiana y de todo cristiano de asumir conscientemente el compromiso de promover las vocaciones, es fundamental. Todos tenemos el deber de alentar y sostener a los que muestran claros indicios de la llamada a la vida sacerdotal, para que sientan el calor de toda la comunidad al decir “sí” a Dios y a la Iglesia. Todos nosotros hemos de alentar a los que son llamados por Dios y hemos de decirles con gratitud: “Habéis hecho bien. Os felicitamos. Porque los hombres de hoy, a pesar de todos los avances técnicos y de todo el supuesto progreso, tienen hambre de Dios, de ese Dios, manifestado en Jesucristo, que nos reúne en la Iglesia universal para aprender de Él la vida verdadera y el camino de una humanidad plena” (*Cfr. Benedicto XVI. Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. 15 de Mayo de 2011*).



En este día del Seminario, y durante todo el año, nuestra comunidad diocesana ha de hacerse cada vez más sensible y atenta a la pastoral de las vocaciones sacerdotales. Todos tenemos que participar, educando en los diversos niveles: familiar, parroquial y asociativo, a los niños y a los jóvenes, como hizo Jesús con sus discípulos. Esta educación hará que madure en ellos la vocación en íntima relación con el Señor, cultivada en la oración personal y litúrgica. Debemos facilitarles la escucha atenta y fecunda de la Palabra de Dios mediante una creciente familiaridad con las Sagradas Escrituras, para que comprendan que adentrarse en la voluntad de Dios no quita nada a la persona sino que se lo da todo, permitiéndoles descubrir y seguir la verdad más profunda sobre sí mismos. Es nuestra tarea enseñarles a que vivan la gratuidad y la fraternidad en las relaciones con los otros, y entiendan que sólo abriéndose a la voluntad de Dios es como se encuentra la verdadera alegría y la plena realización de las propias aspiraciones.

Todos tenemos una gran responsabilidad ante Dios en el fomento y cuidado de las vocaciones sacerdotales. Los sacerdotes, viviendo con entusiasmo su sacerdocio, atrayendo así con su ejemplo la mirada de los que son llamados por el Señor y cuidando con esmero la maduración de esas incipientes vocaciones. Las familias, siendo capaces de ayudar a sus hijos a acoger con generosidad la llamada al sacerdocio. Los catequistas y los animadores de los movimientos apostólicos



educando en la fe, de tal forma que aquellos que están bajo su cuidado sean capaces de sentir y seguir con buen ánimo la vocación divina. Y los mismos jóvenes, estando siempre atentos a la voz del Señor y no teniendo miedo de seguirle en la vocación a la que Él quiera llamarles.

Agradezco, de todo corazón, a todos los que oráis por el Seminario, por las vocaciones y por los sacerdotes, tanto en la “cadena de oración” como en la “adoración perpetua” y en los “jueves sacerdotales”. Y de una manera muy especial, agradezco la oración de nuestras queridas comunidades contemplativas que, con la entrega de su vida al Señor y con sus constantes muestras de cariño, sostienen a todos aquellos que han sido llamados por Dios para ser sacerdotes en el Corazón de Cristo.



El signo más claro de la vitalidad de nuestra Iglesia Diocesana será su capacidad de cultivar las vocaciones sacerdotales. Invoquemos con confianza e insistencia la ayuda de nuestra Madre, la Virgen María, Reina de los Ángeles, para que con su ejemplo de acogida al plan de Dios y con su eficaz intercesión, se difunda cada vez más entre nosotros la disponibilidad de los corazones para decir “sí” al Señor, que sigue llamando trabajadores a su mies.



Con mi bendición y afecto:

† Joaquín María. Obispo de Getafe



CANCILLERÍA-SECRETARÍA

Decretos

DECRETO DE SUPRESIÓN DEL MONASTERIO SAN JUAN EVANGELISTA DE MONJAS CLARISAS DE CIEMPOZUELOS



CONGREGAZIONE
PER GLI ISTITUTI DI VITA CONSACRATA
E LE SOCIETA DI VITA APOSTOLICA

Prot. n. 23527/2012

DECRETO

La Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, vista la súplica del Capítulo del Monasterio «San Juan Evangelista» de Monjas Clarisas de Ciempozuelos, diócesis de Getafe, con el presente Decreto establece la supresión de dicho Monasterio.

Sor M^a del Sagrario (Elisea) Yagüe de Andrés, Sor M^a del Carmen (María de los Ángeles) Navarro Martínez, Sor M^a Inmaculada (Guadalupe) Díaz-Tendero Peña y Sor M^a Jesús (Dominga) Pérez de la Torre pasan al Monasterio de Santa Clara de Soria mientras Sor M^a Clara (Jolly) Kalassery Varghese, Sor M^a Paloma (Shely) Ainikkal Devassy y Sor M^a Isabel (Beena) Puthussery Thomas pasan al



Monasterio «Santa Clara» de Medina del Campo, de la misma Orden, con los derechos que gozaban en el Monasterio «San Juan Evangelista» de Ciempozuelos.

Los bienes, salva la voluntad de fundadores y bienhechores, se destinan según la resolución del Capítulo.

Si existieran, además, otras obligaciones para con terceros, obsérvense las prescripciones del derecho común y particular, de común acuerdo.

El Obispo de Getafe ejecutará el presente Decreto e informará sobre lo realizado a esta Congregación.

Sin que obste cosa alguna en contrario.

Ciudad del Vaticano, 2 de febrero de 2012.

Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo Secretario



P. Sebastiano Paciolla, O. Cist.
Subsecretario



DECRETO DE EJECUCIÓN

Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe



DECRETO DE EJECUCIÓN

La Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, vista la súplica del Capítulo del Monasterio «San Juan Evangelista» de Monjas Clarisas de Ciempozuelos (Madrid), Diócesis de Getafe, mediante DECRETO de 2 de febrero de 2012, establece la supresión de dicho Monasterio.

Dispone las Monjas que pasan a los Monasterios de Santa Clara de Soria y de Santa Clara en Medina del Campo, con los derechos que gozaban en el Monasterio «San Juan Evangelista» de Ciempozuelos.

Dispone, también, que el Obispo de Getafe ejecutará el citado DECRETO e informará a la Congregación.

Así mismo, dispone que los bienes, salva la voluntad de fundadores y bienhechores, se destinan según la resolución del Capítulo, y que si existieran otras obliga-

ciones para con terceros, se observen las prescripciones del derecho común y particular, de común acuerdo.

Dado todo lo expuesto, por las presentes

DECRETO

1. En el día de la fecha, la supresión del Monasterio «San Juan Evangelista» de Ciempozuelos, confiando en que será para mayor gloria de Dios y bien de las almas.

2. Respecto al inmueble, a tenor del Decreto de la Congregación se destinará respetando lo establecido en el Acta fundacional del Monasterio, de fecha 29 de marzo de 1612, y la voluntad de sus fundadores (cf. Archivo histórico Diocesano, Ciempozuelos Libro 4º Becerro. Fol. 28-30).

3. De todo lo expuesto, informaré a la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica.

Con el auxilio de Nuestro Señor y mi bendición, en Getafe 11 de marzo de 2012, Domingo 3º de Cuaresma.

† Joaquín María López de Andújar y Canovas del Castillo
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller Secretario General



DECRETO DE INDULGENCIA



Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe

D^a Petri Esteban González, Presidenta de la Asociación «Pasión de Chinchón», mediante escrito dirigido al Obispo Diocesano, solicita el don de la indulgencia para los miembros de la Pasión y para los fieles que se unan a las celebraciones de los 50 años, que darán comienzo el día 1 de abril de 2012, Domingo de Ramos, con el pregón, y concluirán el 31 de marzo de 2013, domingo de Resurrección.

Con el fin de que estas celebraciones produzcan mayores frutos de vida cristiana, **concedo indulgencia parcial**, conforme a lo establecido en el *Enchiridion Indulgentiarum*, a todos los fieles que participen en la Santa Misa del Domingo de Ramos, solemne apertura de las celebraciones del 50º aniversario; a los que componen «La Pasión de Chinchón» y a todos los fieles que, en los primeros jueves de mes en la Iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, o en cualquier jueves del año en el Monasterio de las Clarisas Franciscanas, hallándose en estado de gracia, acudiendo al sacramento de la penitencia cuando sea preciso, realicen una



visita al Santísimo Sacramento del Altar, orando por las vocaciones sacerdotales y por la santidad del Pueblo de Dios; y también a todos los fieles que participen en la Santa Misa, de clausura de las celebraciones del 50º aniversario.

Al mismo tiempo exhorto a todos los miembros de la Asociación y a todos los fieles a lucrar la **indulgencia plenaria**, que se puede obtener cualquier día del año, recogiendo en adoración ante el Santísimo Sacramento durante al menos media hora (*Enquiridion Indulgentiarum*, conc. 7 § 1, 1º), excluyendo todo afecto hacia cualquier pecado, incluso venial, y cumpliendo las condiciones establecidas por la Iglesia: confesión sacramental, comunión eucarística y oración por las intenciones del Sumo Pontífice (*Enquiridion Indulgentiarum*, normae, n.7).

Dado en Getafe a diecinueve de marzo de dos mil doce, en la Solemnidad de San José.

Por mandato de S.E.Rvdma.



† Joaquín María López de Andújar y Canovas del Castillo
Obispo de Getafe



Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller Secretario General



ACUERDO DE COLABORACIÓN
ENTRE EL OBISPADO DE GETAFE
Y LA UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU
EN EL CAMPUS DE MONTEPRÍNCIPE

Boadilla del Monte, 6 de Marzo de 2012

REUNIDOS

De una parte el Excmo. y Rvdmo. **Dr. D. Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo**, Obispo de la Diócesis de Getafe, en su calidad de máxima autoridad de la Iglesia Católica en dicha Diócesis; y de otra, el Excmo. y Magfco. Rector de la San Pablo CEU, con sede del Rectorado en Madrid, **Dr. D. Juan Carlos Domínguez Nafría**, en su calidad de máxima autoridad académica de dicha Universidad.

En función de sus respectivos cargos y en ejercicio de las facultades que tienen conferidas.

EXPONEN

Que las Instituciones por ambos representadas desean desarrollar sus armónicas relaciones y hacer efectiva la colaboración recíproca en campos de interés común y en la realización de otras actividades específicas, al amparo de la siguiente normativa legal:

- Artículo 16 de la Constitución Española de 1978 y la Ley Orgánica de Libertad Religiosa 711 980, de 5 de julio, que reconocen y garantizan el derecho fundamental a la libertad religiosa y de culto.

- La Ley Orgánica 6/2001, de Universidades, que reconoce la autonomía universitaria.

- Artículo V del Acuerdo de 3 de enero de 1979, entre el Estado Español y la Santa Sede, sobre enseñanza y asuntos culturales, en el que el Estado garantiza que la Iglesia Católica pueda organizar cursos voluntarios de enseñanza y otras actividades religiosas en los Centros Universitarios, utilizando los locales y los medios de los mismos.

- Artículo XV del acuerdo de 3 de enero de 1979, entre el Estado Español y la Santa Sede, sobre enseñanza y asuntos culturales, en el que la Iglesia Católica reitera su voluntad de poner su Patrimonio Histórico, Artístico y Documental al servicio y goce de la sociedad entera.

Por todo lo cual ambas Instituciones consideran conveniente formalizar por medio de este documento la conclusión y firma del siguiente

CONVENIO DE COLABORACIÓN

La Universidad San Pablo CEU hace efectivo el derecho garantizado por la legislación del Estado Español a la Iglesia Católica, en la Diócesis de Getafe, para la organización de cursos de enseñanza y otras actividades religiosas de carácter voluntario.

Artículo II

Este Servicio comprenderá las siguientes actividades:

La organización, dentro del marco académico y con carácter voluntario, de cursos especializados, conferencias, asignaturas de libre elección, cursos que podrán tener un reconocimiento de créditos y de Seminarios de Teología Católica.

La organización de propuestas culturales e intelectuales relacionadas con la fe y la cultura.

La atención pastoral personal y asesoramiento en cuestiones religiosas y morales a los miembros católicos de la Comunidad Universitaria que libremente lo soliciten. Así como la celebración de los actos de culto propios de la Iglesia Católica.

La puesta en marcha de cuantas actividades estén de acuerdo con el ejercicio del derecho a la libertad religiosa.

Artículo III

Este Servicio tendrá como responsable un sacerdote en el campus que la Universidad San Pablo CEU tiene en la demarcación de la Diócesis de Getafe, en Boadilla del Monte, que ostentará las funciones de Capellán. Este podrá contar con la ayuda de otros sacerdotes, colaboradores y profesores de la propia Universidad San Pablo CEU, según las necesidades.

Artículo IV

El Obispado de Getafe se compromete a destinar un sacerdote para atender este *Servicio de Asistencia y Formación Religiosa Católica*. Su nombramiento será realizado por el Obispo de Getafe, previo diálogo por ambas partes firmantes.

Para una mayor integración en la vida universitaria, dicho Capellán se relacionará habitualmente con el Rector de la Universidad y con el Res-

ponsable general de la Pastoral Universitaria en la Universidad San Pablo CEU.

La Universidad San Pablo CEU destinará una partida económica con la que se atenderá a los gastos de equipamiento, material y actividades del Servicio de Asistencia Religiosa y Formación Católica, así como los honorarios del Capellán.

Artículo V

La Universidad San Pablo CEU pondrá a disposición del *Servicio de Asistencia y Formación Religiosa Católica* los locales y los medios necesarios para el desarrollo de sus actividades, contando al menos con un lugar para el culto y un despacho para la atención pastoral de las personas que soliciten dicho Servicio, así como un lugar adecuado para reuniones y encuentros.

Artículo VI

Para velar por la ejecución y seguimiento del presente Acuerdo se establece una comisión mixta, formada por representantes de la Universidad San Pablo CEU y el Obispo de Getafe, que se reunirá al menos una vez al año o a petición de una de las partes y que estará compuesta por los siguientes miembros:

a) Presidentes:

el Sr. Obispo de Getafe y

el Sr. Rector Magnífico de la Universidad San Pablo CEU

quienes podrán delegar sus funciones en las personas que ellos designen

b) Vocales de la Comisión:

Por parte del Obispado:

El Delegado Diocesano de Pastoral Universitaria y el Capellán de la Universidad en el campus de Montepríncipe.

Por parte de la Universidad:

Dos delegados designados a estos efectos por el Sr. Rector

El Viceconsiliario de la ACdP



Disposiciones finales

Artículo VII

El presente convenio tendrá una vigencia de cinco años, a partir de su firma, y se entenderá prorrogado automáticamente por períodos de igual duración, a no ser que una de las partes proponga su revisión para adecuarlo, en su caso, a las nuevas necesidades, notificándolo a la otra con seis meses de antelación.

Por la Universidad San Pablo CEU
Fdo. Juan Carlos Domínguez Nafría
RECTOR

Por la Diócesis de Getafe
Fdo. † Joaquín María López de Andújar y Canovas del Castillo
Obispo de Getafe





DEFUNCIONES



Dña. Luisa Molina Martínez falleció en Madrid, el 6 de marzo de 2012, a los 86 años de edad. Era madre del sacerdote Josefino de Getafe P. Juan José Molina. Murió cristianamente asistida por sus hijos: Juan José y Maximino. Al día siguiente fue enterrada en el pueblo natal: La Riba de Escalote (Soria).



Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.





Iglesia Universal

**VIAJE APOSTÓLICO A MÉXICO Y A CUBA
(23-29 DE MARZO DE 2012)**

CEREMONIA DE BIENVENIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Silao, Aeropuerto internacional de Guanajuato

Viernes 23 de marzo de 2012

Excelentísimo Señor Presidente de la República,
Señores Cardenales,
Venerados hermanos en el Episcopado y el Sacerdocio,
Distinguidas autoridades,
Amado pueblo de Guanajuato y de México entero

Me siento muy feliz de estar aquí, y doy gracias a Dios por haberme permitido realizar el deseo, guardado en mi corazón desde hace mucho tiempo, de poder confirmar en la fe al Pueblo de Dios de esta gran nación en su propia tierra. Es proverbial el fervor del pueblo mexicano con el Sucesor de Pedro, que lo tiene siempre muy presente en su oración. Lo digo en este lugar, considerado el centro geográfico de su territorio, al cual ya quiso venir desde su primer viaje mi venerado predecesor, el beato Juan Pablo II. Al no poder hacerlo, dejó en aquella ocasión un



mensaje de aliento y bendición cuando sobrevolaba su espacio aéreo. Hoy me siento dichoso de hacerme eco de sus palabras, en suelo firme y entre ustedes: Agradezco •• decía en su mensaje •• el afecto al Papa y la fidelidad al Señor de los fieles del Bajío y de Guanajuato. Que Dios les acompañe siempre (cf. Telegrama, 30 enero 1979).

Con este recuerdo entrañable, le doy las gracias, Señor Presidente, por su cálido recibimiento, y saludo con deferencia a su distinguida esposa y demás autoridades que han querido honrarme con su presencia. Un saludo muy especial a Monseñor José Guadalupe Martín Rábago, Arzobispo de León, así como a Monseñor Carlos Aguiar Retes, Arzobispo de Tlalnepantla, y Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano y del Consejo Episcopal Latinoamericano. Con esta breve visita, deseo estrechar las manos de todos los mexicanos y abarcar a las naciones y pueblos latinoamericanos, bien representados aquí por tantos obispos, precisamente en este lugar en el que el majestuoso monumento a Cristo Rey, en el cerro del Cubilete, da muestra de la raigambre de la fe católica entre los mexicanos, que se acogen a su constante bendición en todas sus vicisitudes.

México, y la mayoría de los pueblos latinoamericanos, han conmemorado el bicentenario de su independencia, o lo están haciendo en estos años. Muchas han sido las celebraciones religiosas para dar gracias a Dios por este momento tan importante y significativo. Y en ellas, como se hizo en la Santa Misa en la Basílica de San Pedro, en Roma, en la solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe, se invocó con fervor a María Santísima, que hizo ver con dulzura cómo el Señor ama a todos y se entregó por ellos sin distinciones. Nuestra Madre del cielo ha seguido velando por la fe de sus hijos también en la formación de estas naciones, y lo sigue haciendo hoy ante los nuevos desafíos que se les presentan.

Vengo como peregrino de la fe, de la esperanza y de la caridad. Deseo confirmar en la fe a los creyentes en Cristo, afianzarlos en ella y animarlos a revitalizarla con la escucha de la Palabra de Dios, los sacramentos y la coherencia de vida. Así podrán compartirla con los demás, como misioneros entre sus hermanos, y ser fermento en la sociedad, contribuyendo a una convivencia respetuosa y pacífica, basada en la inigualable dignidad de toda persona humana, creada por Dios, y que ningún poder tiene derecho a olvidar o despreciar. Esta dignidad se



expresa de manera eminente en el derecho fundamental a la libertad religiosa, en su genuino sentido y en su plena integridad.

Como peregrino de la esperanza, les digo con san Pablo: «No se entristezcan como los que no tienen esperanza» (1 Ts 4,13). La confianza en Dios ofrece la certeza de encontrarlo, de recibir su gracia, y en ello se basa la esperanza de quien cree. Y, sabiendo esto, se esfuerza en transformar también las estructuras y acontecimientos presentes poco gratos, que parecen incommovibles e insuperables, ayudando a quien no encuentra en la vida sentido ni porvenir. Sí, la esperanza cambia la existencia concreta de cada hombre y cada mujer de manera real (cf. Spe salvi, 2). La esperanza apunta a «un cielo nuevo y una tierra nueva» (Ap 21,1), tratando de ir haciendo palpable ya ahora algunos de sus reflejos. Además, cuando arraiga en un pueblo, cuando se comparte, se difunde como la luz que despeja las tinieblas que ofuscan y atenazan. Este país, este Continente, está llamado a vivir la esperanza en Dios como una convicción profunda, convirtiéndola en una actitud del corazón y en un compromiso concreto de caminar juntos hacia un mundo mejor. Como ya dije en Roma, «continúen avanzando sin desfallecer en la construcción de una sociedad cimentada en el desarrollo del bien, el triunfo del amor y la difusión de la justicia» (Homilía en la solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe, Roma, 12 diciembre 2011).

Junto a la fe y la esperanza, el creyente en Cristo, y la Iglesia en su conjunto, vive y practica la caridad como elemento esencial de su misión. En su acepción primera, la caridad «es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación» (Deus caritas est, 31,a), como es socorrer a los que padecen hambre, carecen de cobijo, están enfermos o necesitados en algún aspecto de su existencia. Nadie queda excluido por su origen o creencias de esta misión de la Iglesia, que no entra en competencia con otras iniciativas privadas o públicas, es más, ella colabora gustosa con quienes persiguen estos mismos fines. Tampoco pretende otra cosa que hacer de manera desinteresada y respetuosa el bien al menesteroso, a quien tantas veces lo que más le falta es precisamente una muestra de amor auténtico.

Señor Presidente, amigos todos: en estos días pediré encarecidamente al Señor y a la Virgen de Guadalupe por este pueblo, para que haga honor a la fe recibida y a sus mejores tradiciones; y rezaré especialmente por quienes más lo precisan, particularmente por los que sufren a causa de antiguas y nuevas rivalidades, resentimientos y formas de violencia. Ya sé que estoy en un país orgulloso de su



hospitalidad y deseoso de que nadie se sienta extraño en su tierra. Lo sé, lo sabía ya, pero ahora lo veo y lo siento muy dentro del corazón. Espero con toda mi alma que lo sientan también tantos mexicanos que viven fuera de su patria natal, pero que nunca la olvidan y desean verla crecer en la concordia y en un auténtico desarrollo integral. Muchas gracias.



ENCUENTRO A LOS NIÑOS

SALUDO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Plaza de la Paz, Guanajuato

Sábado 24 de marzo de 2012

Queridos niños:

Estoy contento de poderlos encontrar y ver sus rostros alegres llenando esta bella plaza. Ustedes ocupan un lugar muy importante en el corazón del Papa. Y en estos momentos quisiera que esto lo supieran todos los niños de México, particularmente los que soportan el peso del sufrimiento, el abandono, la violencia o el hambre, que en estos meses, a causa de la sequía, se ha dejado sentir fuertemente en algunas regiones. Gracias por este encuentro de fe, por la presencia festiva y el regocijo que han expresado con los cantos. Hoy estamos llenos de júbilo, y eso es importante. Dios quiere que seamos siempre felices. Él nos conoce y nos ama. Si dejamos que el amor de Cristo cambie nuestro corazón, entonces nosotros podremos cambiar el mundo. Ese es el secreto de la auténtica felicidad.



Este lugar en el que nos hallamos tiene un nombre que expresa el anhelo presente en el corazón de todos los pueblos: «la paz», un don que proviene de lo alto. «La paz esté con ustedes» (Jn 20,21). Son las palabras del Señor resucitado. Las oímos en cada Misa, y hoy resuenan de nuevo aquí, con la esperanza de que cada uno se transforme en sembrador y mensajero de esa paz por la que Cristo entregó su vida.

El discípulo de Jesús no responde al mal con el mal, sino que es siempre instrumento del bien, heraldo del perdón, portador de la alegría, servidor de la unidad. Él quiere escribir en cada una de sus vidas una historia de amistad. Ténganlo, pues, como el mejor de sus amigos. Él no se cansará de decirles que amen siempre a todos y hagan el bien. Esto lo escucharán, si procuran en todo momento un trato frecuente con él, que les ayudará aun en las situaciones más difíciles.



He venido para que sientan mi afecto. Cada uno de ustedes es un regalo de Dios para México y para el mundo. Su familia, la Iglesia, la escuela y quienes tienen responsabilidad en la sociedad han de trabajar unidos para que ustedes puedan recibir como herencia un mundo mejor, sin envidias ni divisiones.



Por ello, deseo elevar mi voz invitando a todos a proteger y cuidar a los niños, para que nunca se apague su sonrisa, puedan vivir en paz y mirar al futuro con confianza.

Ustedes, mis pequeños amigos, no están solos. Cuentan con la ayuda de Cristo y de su Iglesia para llevar un estilo de vida cristiano. Participen en la Misa del domingo, en la catequesis, en algún grupo de apostolado, buscando lugares de oración, fraternidad y caridad. Eso mismo vivieron los beatos Cristóbal, Antonio y Juan, los niños mártires de Tlaxcala, que conociendo a Jesús, en tiempos de la primera evangelización de México, descubrieron que no había tesoro más grande que él. Eran niños como ustedes, y de ellos podemos aprender que no hay edad para amar y servir.

Quisiera quedarme más tiempo con ustedes, pero ya debo irme. En la oración seguiremos juntos. Los invito, pues, a rezar continuamente, también en casa; así experimentarán la alegría de hablar con Dios en familia. Recen por todos, también por mí. Yo rezaré por ustedes, para que México sea un hogar en el que todos



sus hijos vivan con serenidad y armonía. Los bendigo de corazón y les pido que
lleven el cariño y la bendición del Papa a sus padres y hermanos, así como a sus
demás seres queridos. Que la Virgen les acompañe.

Muchas gracias, mis pequeños amigos.



ÁNGELUS

Parque Expo Bicentenario de León

V Domingo de Cuaresma - 25 de marzo de 2012



Queridos hermanos y hermanas:

En el Evangelio de este domingo, Jesús habla del grano de trigo que cae en tierra, muere y se multiplica, respondiendo a algunos griegos que se acercan al apóstol Felipe para pedirle: «Quisiéramos ver a Jesús» (Jn 12,21). Nosotros hoy invocamos a María Santísima y le suplicamos: «Muéstranos a Jesús».

Al rezar ahora el Ángelus, recordando la Anunciación del Señor, nuestros ojos también se dirigen espiritualmente hacia el cerro del Tepeyac, al lugar donde la Madre de Dios, bajo el título de «la siempre virgen santa María de Guadalupe», es honrada con fervor desde hace siglos, como signo de reconciliación y de la infinita bondad de Dios para con el mundo.

Mis Predecesores en la Cátedra de san Pedro la honraron con títulos tan entrañables como Señora de México, celestial Patrona de Latinoamérica, Madre y



Emperatriz de este Continente. Sus fieles hijos, a su vez, que experimentan sus auxilios, la invocan llenos de confianza con nombres tan afectuosos y familiares como Rosa de México, Señora del Cielo, Virgen Morena, Madre del Tepeyac, Noble Indita.

Queridos hermanos, no olviden que la verdadera devoción a la Virgen María nos acerca siempre a Jesús, y «no consiste ni en un estéril y transitorio sentimentalismo, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, que nos lleva a reconocer la excelencia de la Madre de Dios y nos inclina a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes» (Lumen gentium, 67). Amarla es comprometerse a escuchar a su Hijo, venerar a la Guadalupana es vivir según las palabras del fruto bendito de su vientre.



En estos momentos en que tantas familias se encuentran divididas o forzadas a la migración, cuando muchas padecen a causa de la pobreza, la corrupción, la violencia doméstica, el narcotráfico, la crisis de valores o la criminalidad, acudimos a María en busca de consuelo, fortaleza y esperanza. Es la Madre del verdadero Dios, que invita a estar con la fe y la caridad bajo su sombra, para superar así todo mal e instaurar una sociedad más justa y solidaria.



Con estos sentimientos, deseo poner nuevamente bajo la dulce mirada de Nuestra Señora de Guadalupe a este País y a toda Latinoamérica y el Caribe. Confío a cada uno de sus hijos a la Estrella de la primera y de la nueva evangelización, que ha animado con su amor materno su historia cristiana, dando expresión propia a sus gestas patrias, a sus iniciativas comunitarias y sociales, a la vida familiar, a la devoción personal y a la Misión continental que ahora se está desarrollando en estas nobles tierras. En tiempos de prueba y dolor, ella ha sido invocada por tantos mártires que, a la voz de «viva Cristo Rey y María de Guadalupe», han dado testimonio inquebrantable de fidelidad al Evangelio y entrega a la Iglesia. Le suplico ahora que su presencia en esta querida Nación continúe llamando al respeto, defensa y promoción de la vida humana y al fomento de la fraternidad, evitando la inútil venganza y desterrando el odio que divide. Santa María de Guadalupe nos bendiga y nos alcance por su intercesión abundantes gracias del Cielo.



SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Parque Expo Bicentenario de León

Domingo 25 de marzo de 2012



Queridos hermanos y hermanas:

Me complace estar entre ustedes, y deseo agradecer vivamente a Monseñor José Guadalupe Martín Rábago, Arzobispo de León, sus amables palabras de bienvenida. Saludo al episcopado mexicano, así como a los Señores Cardenales y demás Obispos aquí presentes, en particular a los procedentes de Latinoamérica y el Caribe. Vaya también mi saludo caluroso a las Autoridades que nos acompañan, así como a todos los que se han congregado para participar en esta Santa Misa presidida por el Sucesor de Pedro.

«Crea en mí, Señor, un corazón puro» (Sal 50,12), hemos invocado en el salmo responsorial. Esta exclamación muestra la profundidad con la que hemos de prepararnos para celebrar la próxima semana el gran misterio de la pasión, muerte



y resurrección del Señor. Nos ayuda asimismo a mirar muy dentro del corazón humano, especialmente en los momentos de dolor y de esperanza a la vez, como los que atraviesa en la actualidad el pueblo mexicano y también otros de Latinoamérica.

El anhelo de un corazón puro, sincero, humilde, aceptable a Dios, era muy sentido ya por Israel, a medida que tomaba conciencia de la persistencia del mal y del pecado en su seno, como un poder prácticamente implacable e imposible de superar. Quedaba sólo confiar en la misericordia de Dios omnipotente y la esperanza de que él cambiara desde dentro, desde el corazón, una situación insoportable, oscura y sin futuro. Así fue abriéndose paso el recurso a la misericordia infinita del Señor, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cf. Ez 33,11). Un corazón puro, un corazón nuevo, es el que se reconoce impotente por sí mismo, y se pone en manos de Dios para seguir esperando en sus promesas. De este modo, el salmista puede decir convencido al Señor: «Volverán a ti los pecadores» (Sal 50,15). Y, hacia el final del salmo, dará una explicación que es al mismo tiempo una firme confesión de fe: «Un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias» (v. 19).



La historia de Israel narra también grandes proezas y batallas, pero a la hora de afrontar su existencia más auténtica, su destino más decisivo, la salvación, más que en sus propias fuerzas, pone su esperanza en Dios, que puede recrear un corazón nuevo, no insensible y engreído. Esto nos puede recordar hoy a cada uno de nosotros y a nuestros pueblos que, cuando se trata de la vida personal y comunitaria, en su dimensión más profunda, no bastarán las estrategias humanas para salvarnos. Se ha de recurrir también al único que puede dar vida en plenitud, porque él mismo es la esencia de la vida y su autor, y nos ha hecho partícipes de ella por su Hijo Jesucristo.



El Evangelio de hoy prosigue haciéndonos ver cómo este antiguo anhelo de vida plena se ha cumplido realmente en Cristo. Lo explica san Juan en un pasaje en el que se cruza el deseo de unos griegos de ver a Jesús y el momento en que el Señor está por ser glorificado. A la pregunta de los griegos, representantes del mundo pagano, Jesús responde diciendo: «Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado» (Jn 12,23). Respuesta extraña, que parece incoherente con la pregunta de los griegos. ¿Qué tiene que ver la glorificación de Jesús con la petición de encontrarse con él? Pero sí que hay una relación. Alguien podría pensar –observa san Agustín– que Jesús se sentía glorificado porque venían



a él los gentiles. Algo parecido al aplauso de la multitud que da «gloria» a los grandes del mundo, diríamos hoy. Pero no es así. «Convenía que a la excelsitud de su glorificación precediese la humildad de su pasión» (In Joannis Ev., 51,9: PL 35, 1766).

La respuesta de Jesús, anunciando su pasión inminente, viene a decir que un encuentro ocasional en aquellos momentos sería superfluo y tal vez engañoso. Al que los griegos quieren ver en realidad, lo verán levantado en la cruz, desde la cual atraerá a todos hacia sí (cf. Jn 12,32). Allí comenzará su «gloria», a causa de su sacrificio de expiación por todos, como el grano de trigo caído en tierra que muriendo, germina y da fruto abundante. Encontrarán a quien seguramente sin saberlo andaban buscando en su corazón, al verdadero Dios que se hace reconocible para todos los pueblos. Este es también el modo en que Nuestra Señora de Guadalupe mostró su divino Hijo a san Juan Diego. No como a un héroe portentoso de leyenda, sino como al verdaderísimo Dios, por quien se vive, al Creador de las personas, de la cercanía y de la inmediatez, del Cielo y de la Tierra (cf. Nican Mopohua, v. 33). Ella hizo en aquel momento lo que ya había ensayado en las Bodas de Caná. Ante el apuro de la falta de vino, indicó claramente a los sirvientes que la vía a seguir era su Hijo: «Hagan lo que él les diga» (Jn 2,5).

Queridos hermanos, al venir aquí he podido acercarme al monumento a Cristo Rey, en lo alto del Cubilete. Mi venerado predecesor, el beato Papa Juan Pablo II, aunque lo deseó ardientemente, no pudo visitar este lugar emblemático de la fe del pueblo mexicano en sus viajes a esta querida tierra. Seguramente se alegrará hoy desde el cielo de que el Señor me haya concedido la gracia de poder estar ahora con ustedes, como también habrá bendecido a tantos millones de mexicanos que han querido venerar sus reliquias recientemente en todos los rincones del país. Pues bien, en este monumento se representa a Cristo Rey. Pero las coronas que le acompañan, una de soberano y otra de espinas, indican que su realeza no es como muchos la entendieron y la entienden. Su reinado no consiste en el poder de sus ejércitos para someter a los demás por la fuerza o la violencia. Se funda en un poder más grande que gana los corazones: el amor de Dios que él ha traído al mundo con su sacrificio y la verdad de la que ha dado testimonio. Éste es su señorío, que nadie le podrá quitar ni nadie debe olvidar. Por eso es justo que, por encima de todo, este santuario sea un lugar de peregrinación, de oración ferviente, de conversión, de reconciliación, de búsqueda de la verdad y acogida de la gracia. A él, a Cristo, le pedimos que reine en nuestros corazones haciéndolos puros, dóciles, esperanzados y valientes en la propia humildad.



También hoy, desde este parque con el que se quiere dejar constancia del bicentenario del nacimiento de la nación mexicana, aunando en ella muchas diferencias, pero con un destino y un afán común, pidamos a Cristo un corazón puro, donde él pueda habitar como príncipe de la paz, gracias al poder de Dios, que es el poder del bien, el poder del amor. Y, para que Dios habite en nosotros, hay que escucharlo, hay que dejarse interpelar por su Palabra cada día, meditándola en el propio corazón, a ejemplo de María (cf. Lc 2,51). Así crece nuestra amistad personal con él, se aprende lo que espera de nosotros y se recibe aliento para darlo a conocer a los demás.



En Aparecida, los Obispos de Latinoamérica y el Caribe han sentido con clarividencia la necesidad de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en la historia de estas tierras «desde el encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros» (Documento conclusivo, 11). La Misión Continental, que ahora se está llevando a cabo diócesis por diócesis en este Continente, tiene precisamente el cometido de hacer llegar esta convicción a todos los cristianos y comunidades eclesiales, para que resistan a la tentación de una fe superficial y rutinaria, a veces fragmentaria e incoherente. También aquí se ha de superar el cansancio de la fe y recuperar «la alegría de ser cristianos, de estar sostenidos por la felicidad interior de conocer a Cristo y de pertenecer a su Iglesia. De esta alegría nacen también las energías para servir a Cristo en las situaciones agobiantes de sufrimiento humano, para ponerse a su disposición, sin replegarse en el propio bienestar» (Discurso a la Curia Romana, 22 de diciembre de 2011). Lo vemos muy bien en los santos, que se entregaron de lleno a la causa del evangelio con entusiasmo y con gozo, sin reparar en sacrificios, incluso el de la propia vida. Su corazón era una apuesta incondicional por Cristo, de quien habían aprendido lo que significa verdaderamente amar hasta el final.



En este sentido, el Año de la fe, al que he convocado a toda la Iglesia, «es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo [...]. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo» (Porta fidei, 11 octubre 2011, 6.7).

Pidamos a la Virgen María que nos ayude a purificar nuestro corazón, especialmente ante la cercana celebración de las fiestas de Pascua, para que lleguemos a participar mejor en el misterio salvador de su Hijo, tal como ella lo



dio a conocer en estas tierras. Y pidámosle también que siga acompañando y amparando a sus queridos hijos mexicanos y latinoamericanos, para que Cristo reine en sus vidas y les ayude a promover audazmente la paz, la concordia, la justicia y la solidaridad.

Amén.



CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS
CON LOS OBISPOS DE MÉXICO
Y DE AMÉRICA LATINA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Basílica-Catedral de Nuestra Señora de la Luz, León

Domingo 25 de marzo de 2012

Señores Cardenales,

Queridos hermanos en el Episcopado:

Es un gran gozo rezar con todos ustedes en esta Basílica-Catedral de León, dedicada a Nuestra Señora de la Luz. En la bella imagen que se venera en este templo, la Santísima Virgen tiene en una mano a su Hijo con gran ternura, y extiende la otra para socorrer a los pecadores. Así ve a María la Iglesia de todos los tiempos, que la alaba por habernos dado al Redentor, y se confía a ella por ser la Madre que su divino Hijo nos dejó desde la cruz. Por eso, nosotros la imploramos frecuentemente como «esperanza nuestra», porque nos ha mostrado a Jesús y transmitido



las grandezas que Dios ha hecho y hace con la humanidad, de una manera sencilla, como explicándolas a los pequeños de la casa.

Un signo decisivo de estas grandezas nos la ofrece la lectura breve que hemos proclamado en estas Vísperas. Los habitantes de Jerusalén y sus jefes no reconocieron a Cristo, pero, al condenarlo a muerte, dieron cumplimiento de hecho a las palabras de los profetas (cf. Hch 13,27). Sí, la maldad y la ignorancia de los hombres no es capaz de frenar el plan divino de salvación, la redención. El mal no puede tanto.

Otra maravilla de Dios nos la recuerda el segundo salmo que acabamos de recitar: Las «peñas» se transforman «en estanques, el pedernal en manantiales de agua» (Sal 113,8). Lo que podría ser piedra de tropiezo y de escándalo, con el triunfo de Jesús sobre la muerte se convierte en piedra angular: «Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente» (Sal 117,23). No hay motivos, pues, para rendirse al despotismo del mal. Y pidamos al Señor Resucitado que manifieste su fuerza en nuestras debilidades y penurias.



Esperaba con gran ilusión este encuentro con ustedes, Pastores de la Iglesia de Cristo que peregrina en México y en los diversos países de este gran Continente, como una ocasión para mirar juntos a Cristo que les ha encomendado la hermosa tarea de anunciar el evangelio en estos pueblos de recia raigambre católica. La situación actual de sus diócesis plantea ciertamente retos y dificultades de muy diversa índole. Pero, sabiendo que el Señor ha resucitado, podemos proseguir confiados, con la convicción de que el mal no tiene la última palabra de la historia, y que Dios es capaz de abrir nuevos espacios a una esperanza que no defrauda (cf. Rm 5,5).

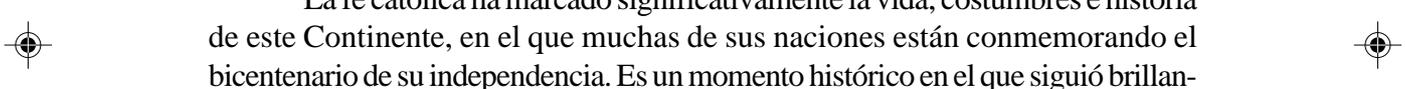
Agradezco el cordial saludo que me ha dirigido el Señor Arzobispo de Tlalnepantla y Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano y del Consejo Episcopal Latinoamericano, haciéndose intérprete y portavoz de todos. Y les ruego a ustedes, Pastores de las diversas Iglesias particulares, que, al regresar a sus sedes, transmitan a sus fieles el afecto entrañable del Papa, que lleva muy dentro de su corazón todos sus sufrimientos y aspiraciones.

Al ver en sus rostros el reflejo de las preocupaciones de la grey que apacientan, me vienen a la mente las Asambleas del Sínodo de los Obispos, en las que los participantes aplauden cuando intervienen quienes ejercen su minis-



terio en situaciones particularmente dolorosas para la vida y la misión de la Iglesia. Ese gesto brota de la fe en el Señor, y significa fraternidad en los trabajos apostólicos, así como gratitud y admiración por los que siembran el evangelio entre espinas, unas en forma de persecución, otras de marginación o menosprecio. Tampoco faltan preocupaciones por la carencia de medios y recursos humanos, o las trabas impuestas a la libertad de la Iglesia en el cumplimiento de su misión.

El Sucesor de Pedro participa de estos sentimientos y agradece su solicitud pastoral paciente y humilde. Ustedes no están solos en los contratiempos, como tampoco lo están en los logros evangelizadores. Todos estamos unidos en los padecimientos y en la consolación (cf. 2 Co 1,5). Sepan que cuentan con un lugar destacado en la plegaria de quien recibió de Cristo el encargo de confirmar en la fe a sus hermanos (cf. Lc 22,31), que les anima también en la misión de hacer que nuestro Señor Jesucristo sea cada vez más conocido, amado y seguido en estas tierras, sin dejarse amedrentar por las contrariedades.



La fe católica ha marcado significativamente la vida, costumbres e historia de este Continente, en el que muchas de sus naciones están conmemorando el bicentenario de su independencia. Es un momento histórico en el que siguió brillando el nombre de Cristo, llegado aquí por obra de insignes y abnegados misioneros, que lo proclamaron con audacia y sabiduría. Ellos lo dieron todo por Cristo, mostrando que el hombre encuentra en él su consistencia y la fuerza necesaria para vivir en plenitud y edificar una sociedad digna del ser humano, como su Creador lo ha querido. Aquel ideal de no anteponer nada al Señor, y de hacer penetrante la Palabra de Dios en todos, sirviéndose de los propios signos y mejores tradiciones, sigue siendo una valiosa orientación para los Pastores de hoy.

Las iniciativas que se realicen con motivo del Año de la fe deben estar encaminadas a conducir a los hombres hacia Cristo, cuya gracia les permitirá dejar las cadenas del pecado que los esclaviza y avanzar hacia la libertad auténtica y responsable. A esto está ayudando también la Misión continental promovida en Aparecida, que tantos frutos de renovación eclesial está ya cosechando en las Iglesias particulares de América Latina y el Caribe. Entre ellos, el estudio, la difusión y meditación de la Sagrada Escritura, que anuncia el amor de Dios y nuestra salvación. En este sentido, los exhorto a seguir abriendo los tesoros del evangelio, a fin de que se conviertan en potencia de esperanza, libertad y salvación para todos los hombres (cf. Rm 1,16). Y sean también



fieles testigos e intérpretes de la palabra del Hijo encarnado, que vivió para cumplir la voluntad del Padre y, siendo hombre con los hombres, se desvivió por ellos hasta la muerte.

Queridos hermanos en el Episcopado, en el horizonte pastoral y evangelizador que se abre ante nosotros, es de capital relevancia cuidar con gran esmero de los seminaristas, animándolos a que no se precien «de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado» (1 Co 2,2). No menos fundamental es la cercanía a los presbíteros, a los que nunca debe faltar la comprensión y el aliento de su Obispo y, si fuera necesario, también su paterna admonición sobre actitudes impropiedades. Son sus primeros colaboradores en la comunión sacramental del sacerdocio, a los que han de mostrar una constante y privilegiada cercanía. Igualmente cabe decir de las diversas formas de vida consagrada, cuyos carismas han de ser valorados con gratitud y acompañados con responsabilidad y respeto al don recibido. Y una atención cada vez más especial se debe a los laicos más comprometidos en la catequesis, la animación litúrgica, la acción caritativa y el compromiso social. Su formación en la fe es crucial para hacer presente y fecundo el evangelio en la sociedad de hoy. Y no es justo que se sientan tratados como quienes apenas cuentan en la Iglesia, no obstante la ilusión que ponen en trabajar en ella según su propia vocación, y el gran sacrificio que a veces les supone esta dedicación. En todo esto, es particularmente importante para los Pastores que reine un espíritu de comunión entre sacerdotes, religiosos y laicos, evitando divisiones estériles, críticas y celos nocivos.

Con estos vivos deseos, les invito a ser vigías que proclamen día y noche la gloria de Dios, que es la vida del hombre. Estén del lado de quienes son marginados por la fuerza, el poder o una riqueza que ignora a quienes carecen de casi todo. La Iglesia no puede separar la alabanza de Dios del servicio a los hombres. El único Dios Padre y Creador es el que nos ha constituido hermanos: ser hombre es ser hermano y guardián del prójimo. En este camino, junto a toda la humanidad, la Iglesia tiene que revivir y actualizarlo que fue Jesús: el Buen Samaritano, que viniendo de lejos se insertó en la historia de los hombres, nos levantó y se ocupó de nuestra curación.

Queridos hermanos en el Episcopado, la Iglesia en América Latina, que muchas veces se ha unido a Jesucristo en su pasión, ha de seguir siendo semilla de esperanza, que permita ver a todos cómo los frutos de la resurrección alcanzan y enriquecen estas tierras.



Que la Madre de Dios, en su advocación de María Santísima de la Luz, disipe las tinieblas de nuestro mundo y alumbre nuestro camino, para que podamos confirmar en la fe al pueblo latinoamericano en sus fatigas y anhelos, con entereza, valentía y fe firme en quien todo lo puede y a todos ama hasta el extremo.

Amén.





PALABRAS IMPROVISADAS
POR EL SANTO PADRE BENEDICTO XVI
EL DOMINGO POR LA TARDE
DELANTE DEL COLEGIO MIRAFLORES



Domingo 25 de marzo de 2012



Queridos amigos, muchísimas gracias por este entusiasmo. Estoy muy feliz de estar con vosotros. He hecho muchos viajes, pero nunca he sido recibido con tanto entusiasmo. Llevaré conmigo, en mi corazón, la impresión de estos días. México estará siempre en mi corazón. Puedo decir que desde hace años rezo cada día por México, pero en el futuro rezaré todavía muchos más. Ahora entiendo por qué el Papa Juan Pablo II dijo: «Yo me siento un Papa mexicano».

Queridos amigos, aunque estoy contentísimo de este encuentro, perdonarme si me retiro, porque mañana será un día exigente. Terminó esta jornada con mi bendición: Que os bendiga Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Buenas noches.



CEREMONIA DE DESPEDIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Aeropuerto internacional de Guanajuato

Lunes 26 de marzo de 2012

Señor Presidente,
Distinguidas autoridades,
Señores Cardenales,
Queridos hermanos en el episcopado,
Amigos mexicanos:

Mi breve pero intensa visita a México llega ahora a su fin. Pero no es el fin de mi afecto y cercanía a un país que llevo muy dentro de mí. Me voy colmado de experiencias inolvidables, como inolvidables son tantas atenciones y muestras de afecto recibidas. Agradezco las amables palabras que me ha dirigido el Señor Presidente, así como lo mucho que las autoridades han hecho por este entrañable viaje. Y doy las gracias de todo corazón a cuantos han facilitado o colaborado para que, tanto en los aspectos destacados como en los más pequeños detalles, los actos de



estas jornadas se hayan desarrollado felizmente. Pido al Señor que tantos esfuerzos no hayan sido vanos, y que con su ayuda produzcan frutos abundantes y duraderos en la vida de fe, esperanza y caridad de León y Guanajuato, de México y de los países hermanos de Latinoamérica y el Caribe.

Ante la fe en Jesucristo que he sentido vibrar en los corazones, y la devoción entrañable a su Madre, invocada aquí con títulos tan hermosos como el de Guadalupe y la Luz, que he visto reflejada en los rostros, deseo reiterar con energía y claridad un llamado al pueblo mexicano a ser fiel a sí mismo y a no dejarse amedrentar por las fuerzas del mal, a ser valiente y trabajar para que la savia de sus propias raíces cristianas haga florecer su presente y su futuro.

También he sido testigo de gestos de preocupación por diversos aspectos de la vida en este amado país, unos de más reciente relieve y otros que provienen de más atrás, y que tantos desgarros siguen causando. Los llevo igualmente conmigo, compartiendo tanto las alegrías como el dolor de mis hermanos mexicanos, para ponerlos en oración al pie de la cruz, en el corazón de Cristo, del que mana el agua y la sangre redentora.



En estas circunstancias, aliento ardientemente a los católicos mexicanos, y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, a no ceder a la mentalidad utilitarista, que termina siempre sacrificando a los más débiles e indefensos. Los invito a un esfuerzo solidario, que permita a la sociedad renovarse desde sus fundamentos para alcanzar una vida digna, justa y en paz para todos. Para los católicos, esta contribución al bien común es también una exigencia de esa dimensión esencial del evangelio que es la promoción humana, y una expresión altísima de la caridad. Por eso, la Iglesia exhorta a todos sus fieles a ser también buenos ciudadanos, conscientes de su responsabilidad de preocuparse por el bien de los demás, de todos, tanto en la esfera personal como en los diversos sectores de la sociedad.

Queridos amigos mexicanos, les digo ¡adiós!, en el sentido de la bella expresión tradicional hispánica: ¡Queden con Dios! Sí, adiós; hasta siempre en el amor de Cristo, en el que todos nos encontramos y nos encontraremos. Que el Señor les bendiga y María Santísima les proteja. Muchas gracias.



CEREMONIA DE BIENVENIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Aeropuerto internacional
Antonio Maceo de Santiago de Cuba

Lunes 26 de marzo de 2012

Señor Presidente,
Señores Cardenales y Hermanos en el Episcopado,
Excelentísimas Autoridades,
Miembros del Cuerpo Diplomático,
Señores y señoras,
Queridos amigos cubanos:

Le agradezco, Señor Presidente, su acogida y sus corteses palabras de bienvenida, con las que ha querido transmitir también los sentimientos de respeto de parte del gobierno y el pueblo cubano hacia el Sucesor de Pedro. Saludo a las Autoridades que nos acompañan, así como a los miembros del Cuerpo Diplomático aquí presentes. Dirijo un caluroso saludo al Señor Arzo-



bispo de Santiago de Cuba y Presidente de la Conferencia Episcopal, Monseñor Dionisio Guillermo García Ibáñez, al Señor Arzobispo de La Habana, Cardenal Jaime Ortega y Alamino, y a los demás hermanos Obispos de Cuba, a los que manifiesto toda mi cercanía espiritual. Saludo en fin con todo el afecto de mi corazón a los fieles de la Iglesia católica en Cuba, a los queridos habitantes de esta hermosa isla y a todos los cubanos, allá donde se encuentren. Los tengo siempre muy presentes en mi corazón y en mi oración, y más aún en los días en que se acercaba el momento tan deseado de visitarles, y que gracias a la bondad divina he podido realizar.



Al hallarme entre ustedes, no puedo dejar de recordar la histórica visita a Cuba de mi Predecesor, el Beato Juan Pablo II, que ha dejado una huella imborrable en el alma de los cubanos. Para muchos, creyentes o no, su ejemplo y sus enseñanzas constituyen una guía luminosa que les orienta tanto en la vida personal como en la actuación pública al servicio del bien común de la Nación. En efecto, su paso por la isla fue como una suave brisa de aire fresco que dio nuevo vigor a la Iglesia en Cuba, despertando en muchos una renovada conciencia de la importancia de la fe, alentando a abrir los corazones a Cristo, al mismo tiempo que alumbró la esperanza e impulsó el deseo de trabajar audazmente por un futuro mejor. Uno de los frutos importantes de aquella visita fue la inauguración de una nueva etapa en las relaciones entre la Iglesia y el Estado cubano, con un espíritu de mayor colaboración y confianza, si bien todavía quedan muchos aspectos en los que se puede y debe avanzar, especialmente por cuanto se refiere a la aportación imprescindible que la religión está llamada a desempeñar en el ámbito público de la sociedad.

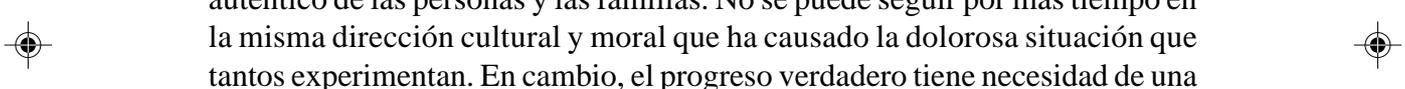


Me complace vivamente unirme a vuestra alegría con motivo de la celebración del cuatrocientos aniversario del hallazgo de la bendita imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre. Su entrañable figura ha estado desde el principio muy presente tanto en la vida personal de los cubanos como en los grandes acontecimientos del País, de modo muy particular durante su independencia, siendo venerada por todos como verdadera madre del pueblo cubano. La devoción a «la Virgen Mambisa» ha sostenido la fe y ha alentado la defensa y promoción de cuanto dignifica la condición humana y sus derechos fundamentales; y continúa haciéndolo aún hoy con más fuerza, dando así testimonio visible de la fecundidad de la predicación del evangelio en estas tierras, y de las profundas raíces cristianas que conforman la identidad más honda del alma cubana. Siguiendo la estela de tantos peregrinos a lo largo de estos siglos, también yo



deseo ir a El Cobre a postrarme a los pies de la Madre de Dios, para agradecerle sus desvelos por todos sus hijos cubanos y pedirle su intercesión para que guíe los destinos de esta amada Nación por los caminos de la justicia, la paz, la libertad y la reconciliación.

Vengo a Cuba como peregrino de la caridad, para confirmar a mis hermanos en la fe y alentarles en la esperanza, que nace de la presencia del amor de Dios en nuestras vidas. Llevo en mi corazón las justas aspiraciones y legítimos deseos de todos los cubanos, dondequiera que se encuentren, sus sufrimientos y alegrías, sus preocupaciones y anhelos más nobles, y de modo especial de los jóvenes y los ancianos, de los adolescentes y los niños, de los enfermos y los trabajadores, de los presos y sus familiares, así como de los pobres y necesitados.



Muchas partes del mundo viven hoy un momento de especial dificultad económica, que no pocos concuerdan en situar en una profunda crisis de tipo espiritual y moral, que ha dejado al hombre vacío de valores y desprotegido frente a la ambición y el egoísmo de ciertos poderes que no tienen en cuenta el bien auténtico de las personas y las familias. No se puede seguir por más tiempo en la misma dirección cultural y moral que ha causado la dolorosa situación que tantos experimentan. En cambio, el progreso verdadero tiene necesidad de una ética que coloque en el centro a la persona humana y tenga en cuenta sus exigencias más auténticas, de modo especial su dimensión espiritual y religiosa. Por eso, en el corazón y el pensamiento de muchos, se abre paso cada vez más la certeza de que la regeneración de las sociedades y del mundo requiere hombres rectos, de firmes convicciones morales y altos valores de fondo que no sean manipulables por estrechos intereses, y que respondan a la naturaleza inmutable y trascendente del ser humano.

Queridos amigos, estoy convencido de que Cuba, en este momento especialmente importante de su historia, está mirando ya al mañana, y para ello se esfuerza por renovar y ensanchar sus horizontes, a lo que cooperará ese inmenso patrimonio de valores espirituales y morales que han ido conformando su identidad más genuina, y que se encuentran esculpidos en la obra y la vida de muchos insignes padres de la patria, como el Beato José Olallo y Valdés, el Siervo de Dios Félix Varela o el prócer José Martí. La Iglesia, por su parte, ha sabido contribuir diligentemente al cultivo de esos valores mediante su generosa y abnegada misión pastoral, y renueva sus propósitos de seguir trabajando sin descanso por servir mejor a todos los cubanos.



Ruego al Señor que bendiga copiosamente a esta tierra y a sus hijos, en particular a los que se sienten desfavorecidos, a los marginados y a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu, al mismo tiempo que, por intercesión de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, conceda a todos un futuro lleno de esperanza, solidaridad y concordia. Muchas gracias.



SANTAMISA
CON OCASIÓN DEL 400° ANIVERSARIO
DEL HALLAZGO DE LA
VIRGEN DE LA CARIDAD DEL COBRE

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Plaza Antonio Maceo de Santiago de Cuba
Solemnidad de la Anunciación del Señor

Lunes 26 de marzo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Doy gracias a Dios que me ha permitido venir hasta ustedes y realizar este tan deseado viaje. Saludo a Monseñor Dionisio García Ibáñez, Arzobispo de Santiago de Cuba, agradeciéndole sus amables palabras de acogida en nombre de todos; saludo asimismo a los obispos cubanos y a los venidos de otros lugares, así como a los sacerdotes, religiosos, seminaristas y fieles laicos presentes en esta celebración. No puedo olvidar a los que por enfermedad, avanzada edad u otros



motivos, no han podido estar aquí con nosotros. Saludo también a las autoridades que han querido gentilmente acompañarnos.

Esta santa Misa, que tengo la alegría de presidir por primera vez en mi visita pastoral a este país, se inserta en el contexto del Año Jubilar mariano, convocado para honrar y venerar a la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, en el cuatrocientos aniversario del hallazgo y presencia de su venerada imagen en estas tierras benditas. No ignoro el sacrificio y dedicación con que se ha preparado este jubileo, especialmente en lo espiritual. Me ha llenado de emoción conocer el fervor con el que María ha sido saludada e invocada por tantos cubanos, en su peregrinación por todos los rincones y lugares de la Isla.

Estos acontecimientos importantes de la Iglesia en Cuba se ven iluminados con inusitado resplandor por la fiesta que hoy celebra la Iglesia universal: la anunciación del Señor a la Virgen María. En efecto, la encarnación del Hijo de Dios es el misterio central de la fe cristiana, y en él, María ocupa un puesto de primer orden. Pero, ¿cuál es el significado de este misterio? Y, ¿cuál es la importancia que tiene para nuestra vida concreta?



Veamos ante todo qué significa la encarnación. En el evangelio de san Lucas hemos escuchado las palabras del ángel a María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios» (Lc 1,35). En María, el Hijo de Dios se hace hombre, cumpliéndose así la profecía de Isaías: «Mirad, la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa “Dios-con-nosotros”» (Is 7,14). Sí, Jesús, el Verbo hecho carne, es el Dios-con-nosotros, que ha venido a habitar entre nosotros y a compartir nuestra misma condición humana. El apóstol san Juan lo expresa de la siguiente manera: «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). La expresión «se hizo carne» apunta a la realidad humana más concreta y tangible. En Cristo, Dios ha venido realmente al mundo, ha entrado en nuestra historia, ha puesto su morada entre nosotros, cumpliéndose así la íntima aspiración del ser humano de que el mundo sea realmente un hogar para el hombre. En cambio, cuando Dios es arrojado fuera, el mundo se convierte en un lugar inhóspito para el hombre, frustrando al mismo tiempo la verdadera vocación de la creación de ser espacio para la alianza, para el «sí» del amor entre Dios y la humanidad que le responde. Y así hizo María como primicia de los creyentes con su «sí» al Señor sin reservas.



Por eso, al contemplar el misterio de la encarnación no podemos dejar de dirigir a ella nuestros ojos, para llenarnos de asombro, de gratitud y amor al ver cómo nuestro Dios, al entrar en el mundo, ha querido contar con el consentimiento libre de una criatura suya. Sólo cuando la Virgen respondió al ángel, «aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38), a partir de ese momento el Verbo eterno del Padre comenzó su existencia humana en el tiempo. Resulta conmovedor ver cómo Dios no sólo respeta la libertad humana, sino que parece necesitarla. Y vemos también cómo el comienzo de la existencia terrena del Hijo de Dios está marcado por un doble «sí» a la voluntad salvífica del Padre, el de Cristo y el de María. Esta obediencia a Dios es la que abre las puertas del mundo a la verdad, a la salvación. En efecto, Dios nos ha creado como fruto de su amor infinito, por eso vivir conforme a su voluntad es el camino para encontrar nuestra genuina identidad, la verdad de nuestro ser, mientras que apartarse de Dios nos aleja de nosotros mismos y nos precipita en el vacío. La obediencia en la fe es la verdadera libertad, la auténtica redención, que nos permite unimos al amor de Jesús en su esfuerzo por conformarse a la voluntad del Padre. La redención es siempre este proceso de llevar la voluntad humana a la plena comunión con la voluntad divina (cf. Lectio divina con el clero de Roma, 18 febrero 2010).



Queridos hermanos, hoy alabamos a la Virgen Santísima por su fe y con santa Isabel le decimos también nosotros: «Bienaventurada la que ha creído» (Lc 1,45). Como dice san Agustín, María concibió antes a Cristo por la fe en su corazón que físicamente en su vientre; María creyó y se cumplió en ella lo que creía (cf. Sermón 215, 4: PL 38,1074). Pidamos nosotros al Señor que nos aumente la fe, que la haga activa y fecunda en el amor. Pidámosle que sepamos como ella acoger en nuestro corazón la palabra de Dios y llevarla a la práctica con docilidad y constancia.



La Virgen María, por su papel insustituible en el misterio de Cristo, representa la imagen y el modelo de la Iglesia. También la Iglesia, al igual que hizo la Madre de Cristo, está llamada a acoger en sí el misterio de Dios que viene a habitar en ella. Queridos hermanos, sé con cuánto esfuerzo, audacia y abnegación trabajan cada día para que, en las circunstancias concretas de su País, y en este tiempo de la historia, la Iglesia refleje cada vez más su verdadero rostro como lugar en el que Dios se acerca y encuentra con los hombres. La Iglesia, cuerpo vivo de Cristo, tiene la misión de prolongar en la tierra la presencia salvífica de Dios, de abrir el mundo a algo más grande que sí mismo, al amor y la luz de Dios. Vale la pena, queridos hermanos, dedicar toda la vida a Cristo, crecer cada día en su amistad y



sentirse llamado a anunciar la belleza y bondad de su vida a todos los hombres, nuestros hermanos. Les aliento en su tarea de sembrar el mundo con la Palabra de Dios y de ofrecer a todos el alimento verdadero del cuerpo de Cristo. Cercana ya la Pascua, decidámonos sin miedos ni complejos a seguir a Jesús en su camino hacia la cruz. Aceptemos con paciencia y fe cualquier contrariedad o aflicción, con la convicción de que, en su resurrección, él ha derrotado el poder del mal que todo lo oscurece, y ha hecho amanecer un mundo nuevo, el mundo de Dios, de la luz, de la verdad y la alegría. El Señor no dejará de bendecir con frutos abundantes la generosidad de su entrega.

El misterio de la encarnación, en el que Dios se hace cercano a nosotros, nos muestra también la dignidad incomparable de toda vida humana. Por eso, en su proyecto de amor, desde la creación, Dios ha encomendado a la familia fundada en el matrimonio la altísima misión de ser célula fundamental de la sociedad y verdadera Iglesia doméstica. Con esta certeza, ustedes, queridos esposos, han de ser, de modo especial para sus hijos, signo real y visible del amor de Cristo por la Iglesia. Cuba tiene necesidad del testimonio de su fidelidad, de su unidad, de su capacidad de acoger la vida humana, especialmente la más indefensa y necesitada.

Queridos hermanos, ante la mirada de la Virgen de la Caridad del Cobre, deseo hacer un llamado para que den nuevo vigor a su fe, para que vivan de Cristo y para Cristo, y con las armas de la paz, el perdón y la comprensión, luchen para construir una sociedad abierta y renovada, una sociedad mejor, más digna del hombre, que refleje más la bondad de Dios.

Amén.



VISITA AL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD

PALABRAS DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

El Cobre, escalinata del Santuario

Martes 27 de marzo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

He venido como peregrino hasta la casa de la bendita imagen de Nuestra Señora de la Caridad, «la Mambisa», como ustedes la invocan afectuosamente. Su presencia en este poblado de El Cobre es un regalo del cielo para los cubanos.

Deseo saludar cordialmente a los aquí presentes. Reciban el cariño del Papa y llévenlo por doquier, para que todos experimenten el consuelo y la fortaleza en la fe. Hagan saber a cuantos se encuentran cerca o lejos que he confiado a la Madre de Dios el futuro de su Patria, avanzando por caminos de renovación y esperanza, para el mayor bien de todos los cubanos. También he suplicado a la Virgen Santísima por las necesidades de los que sufren, de los que están privados de libertad,



separados de sus seres queridos o pasan por graves momentos de dificultad. He puesto asimismo en su immaculado Corazón a los jóvenes, para que sean auténticos amigos de Cristo y no sucumban a propuestas que dejan la tristeza tras de sí. Ante María de la Caridad, también me he acordado de modo particular de los cubanos descendientes de aquellos que llegaron aquí desde África, así como de la cercana población de Haití, que aún sufre las consecuencias del conocido terremoto de hace dos años. Y no he olvidado a tantos campesinos y a sus familias, que desean vivir intensamente en sus hogares el evangelio, y ofrecen también sus casas como centros de misión para la celebración de la Eucaristía.

A ejemplo de la Santísima Virgen, animo a todos los hijos de esta querida tierra a seguir edificando la vida sobre la roca firme que es Jesucristo, a trabajar por la justicia, a ser servidores de la caridad y perseverantes en medio de las pruebas. Que nada ni nadie les quite la alegría interior, tan característica del alma cubana.

Que Dios les bendiga.

Muchas gracias.





SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Plaza de la Revolución José Martí, La Habana

Miércoles 28 de marzo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

«Bendito eres, Señor Dios... bendito tu nombre santo y glorioso» (Dn 3,52). Este himno de bendición del libro de Daniel resuena hoy en nuestra liturgia invitándonos reiteradamente a bendecir y alabar a Dios. Somos parte de la multitud de ese coro que celebra al Señor sin cesar. Nos unimos a este concierto de acción de gracias, y ofrecemos nuestra voz alegre y confiada, que busca cimentar en el amor y la verdad el camino de la fe.

«Bendito sea Dios» que nos reúne en esta emblemática plaza, para que ahondemos más profundamente en su vida. Siento una gran alegría de encontrarme hoy entre ustedes y presidir esta Santa Misa en el corazón de este Año jubilar dedicado a la Virgen de la Caridad del Cobre.



Saludo cordialmente al Cardenal Jaime Ortega y Alamino, Arzobispo de La Habana, y le agradezco las corteses palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Extiendo mi saludo a los Señores Cardenales, a mis hermanos Obispos de Cuba y de otros países, que han querido participar en esta solemne celebración. Saludo también a los sacerdotes, seminaristas, religiosos y a todos los fieles aquí congregados, así como a las Autoridades que nos acompañan.

En la primera lectura proclamada, los tres jóvenes, perseguidos por el soberano babilonio, prefieren afrontar la muerte abrasados por el fuego antes que traicionar su conciencia y su fe. Ellos encontraron la fuerza de «alabar, glorificar y bendecir a Dios» en la convicción de que el Señor del cosmos y la historia no los abandonaría a la muerte y a la nada. En efecto, Dios nunca abandona a sus hijos, nunca los olvida. Él está por encima de nosotros y es capaz de salvarnos con su poder. Al mismo tiempo, es cercano a su pueblo y, por su Hijo Jesucristo, ha deseado poner su morada entre nosotros.



«Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn 8,31). En este texto del Evangelio que se ha proclamado, Jesús se revela como el Hijo de Dios Padre, el Salvador, el único que puede mostrar la verdad y dar la genuina libertad. Su enseñanza provoca resistencia e inquietud entre sus interlocutores, y Él los acusa de buscar su muerte, aludiendo al supremo sacrificio en la cruz, ya cercano. Aun así, los conmina a creer, a mantener la Palabra, para conocer la verdad que redime y dignifica.



En efecto, la verdad es un anhelo del ser humano, y buscarla siempre supone un ejercicio de auténtica libertad. Muchos, sin embargo, prefieren los atajos e intentan eludir esta tarea. Algunos, como Poncio Pilato, ironizan con la posibilidad de poder conocer la verdad (cf. Jn 18, 38), proclamando la incapacidad del hombre para alcanzarla o negando que exista una verdad para todos. Esta actitud, como en el caso del escepticismo y el relativismo, produce un cambio en el corazón, haciéndolos fríos, vacilantes, distantes de los demás y encerrados en sí mismos. Personas que se lavan las manos como el gobernador romano y dejan correr el agua de la historia sin comprometerse.

Por otra parte, hay otros que interpretan mal esta búsqueda de la verdad, llevándolos a la irracionalidad y al fanatismo, encerrándose en «su verdad» e intentando imponerla a los demás. Son como aquellos legalistas obcecados que, al ver a Jesús golpeado y sangrante, gritan enfurecidos: «¡Crucifícalo!» (cf. Jn 19, 6). Sin



embargo, quien actúa irracionalmente no puede llegar a ser discípulo de Jesús. Fe y razón son necesarias y complementarias en la búsqueda de la verdad. Dios creó al hombre con una innata vocación a la verdad y para esto lo dotó de razón. No es ciertamente la irracionalidad, sino el afán de verdad, lo que promueve la fe cristiana. Todo ser humano ha de indagar la verdad y optar por ella cuando la encuentra, aun a riesgo de afrontar sacrificios.

Además, la verdad sobre el hombre es un presupuesto ineludible para alcanzar la libertad, pues en ella descubrimos los fundamentos de una ética con la que todos pueden confrontarse, y que contiene formulaciones claras y precisas sobre la vida y la muerte, los deberes y los derechos, el matrimonio, la familia y la sociedad, en definitiva, sobre la dignidad inviolable del ser humano. Este patrimonio ético es lo que puede acercar a todas las culturas, pueblos y religiones, las autoridades y los ciudadanos, y a los ciudadanos entre sí, a los creyentes en Cristo con quienes no creen en él.



El cristianismo, al resaltar los valores que sustentan la ética, no impone, sino que propone la invitación de Cristo a conocer la verdad que hace libres. El creyente está llamado a ofrecerla a sus contemporáneos, como lo hizo el Señor, incluso ante el sombrío presagio del rechazo y de la cruz. El encuentro personal con quien es la verdad en persona nos impulsa a compartir este tesoro con los demás, especialmente con el testimonio.



Queridos amigos, no vacilen en seguir a Jesucristo. En él hallamos la verdad sobre Dios y sobre el hombre. Él nos ayuda a derrotar nuestros egoísmos, a salir de nuestras ambiciones y a vencer lo que nos oprime. El que obra el mal, el que comete pecado, es esclavo del pecado y nunca alcanzará la libertad (cf. Jn 8,34). Sólo renunciando al odio y a nuestro corazón duro y ciego seremos libres, y una vida nueva brotará en nosotros.

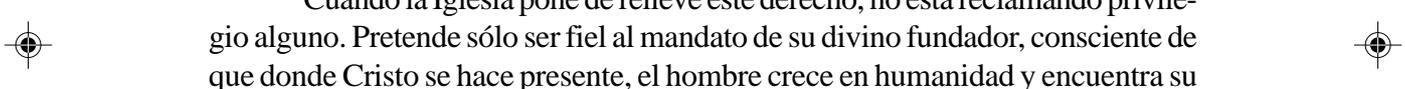
Convencido de que Cristo es la verdadera medida del hombre, y sabiendo que en él se encuentra la fuerza necesaria para afrontar toda prueba, deseo anunciarles abiertamente al Señor Jesús como Camino, Verdad y Vida. En él todos hallarán la plena libertad, la luz para entender con hondura la realidad y transformarla con el poder renovador del amor.

La Iglesia vive para hacer partícipes a los demás de lo único que ella tiene, y que no es sino Cristo, esperanza de la gloria (cf. Col 1,27). Para poder ejercer



esta tarea, ha de contar con la esencial libertad religiosa, que consiste en poder proclamar y celebrar la fe también públicamente, llevando el mensaje de amor, reconciliación y paz que Jesús trajo al mundo. Es de reconocer con alegría que en Cuba se han ido dando pasos para que la Iglesia lleve a cabo su misión insoslayable de expresar pública y abiertamente su fe. Sin embargo, es preciso seguir adelante, y deseo animar a las instancias gubernamentales de la Nación a reforzar lo ya alcanzado y a avanzar por este camino de genuino servicio al bien común de toda la sociedad cubana.

El derecho a la libertad religiosa, tanto en su dimensión individual como comunitaria, manifiesta la unidad de la persona humana, que es ciudadano y creyente a la vez. Legítima también que los creyentes ofrezcan una contribución a la edificación de la sociedad. Su refuerzo consolida la convivencia, alimenta la esperanza en un mundo mejor, crea condiciones propicias para la paz y el desarrollo armónico, al mismo tiempo que establece bases firmes para afianzar los derechos de las generaciones futuras.



Cuando la Iglesia pone de relieve este derecho, no está reclamando privilegio alguno. Pretende sólo ser fiel al mandato de su divino fundador, consciente de que donde Cristo se hace presente, el hombre crece en humanidad y encuentra su consistencia. Por eso, ella busca dar este testimonio en su predicación y enseñanza, tanto en la catequesis como en ámbitos escolares y universitarios. Es de esperar que pronto llegue aquí también el momento de que la Iglesia pueda llevar a los campos del saber los beneficios de la misión que su Señor le encomendó y que nunca puede descuidar.

Ejemplo preclaro de esta labor fue el insigne sacerdote Félix Varela, educador y maestro, hijo ilustre de esta ciudad de La Habana, que ha pasado a la historia de Cuba como el primero que enseñó a pensar a su pueblo. El Padre Varela nos presenta el camino para una verdadera transformación social: formar hombres virtuosos para forjar una nación digna y libre, ya que esta transformación dependerá de la vida espiritual del hombre, pues «no hay patria sin virtud» (Cartas a Elpidio, carta sexta, Madrid 1836, 220). Cuba y el mundo necesitan cambios, pero éstos se darán sólo si cada uno está en condiciones de preguntarse por la verdad y se decide a tomar el camino del amor, sembrando reconciliación y fraternidad.

Invocando la materna protección de María Santísima, pidamos que cada vez que participemos en la Eucaristía nos hagamos también testigos de la caridad,



que responde al mal con el bien (cf. Rm 12,21), ofreciéndonos como hostia viva a quien amorosamente se entregó por nosotros. Caminemos a la luz de Cristo, que es el que puede destruir la tiniebla del error. Supliquémosle que, con el valor y la reciedumbre de los santos, lleguemos a dar una respuesta libre, generosa y coherente a Dios, sin miedos ni rencores.

Amén.



CEREMONIA DE DESPEDIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Aeropuerto internacional José Martí de La Habana

Miércoles 28 de marzo de 2012

Señor Presidente,
Señores Cardenales y queridos Hermanos en el Episcopado,
Excelentísimas Autoridades,
Señoras y Señores,
Amigos todos,

Doy gracias a Dios, que me ha permitido visitar esta hermosa Isla, que tan profunda huella dejó en el corazón de mi amado Predecesor, el Beato Juan Pablo II, cuando estuvo en estas tierras como mensajero de la verdad y la esperanza. También yo he deseado ardientemente venir entre ustedes como peregrino de la caridad, para agradecer a la Virgen María la presencia de su venerada imagen en el Santuario del Cobre, desde donde acompaña el camino de la Iglesia en esta Nación e infunde ánimo a todos los cubanos para que, de la mano de Cristo, descubran el



genuino sentido de los afanes y anhelos que anidan en el corazón humano y alcancen la fuerza necesaria para construir una sociedad solidaria, en la que nadie se sienta excluido. «Cristo, resucitado de entre los muertos, brilla en el mundo, y lo hace de la forma más clara, precisamente allí donde según el juicio humano todo parece sombrío y sin esperanza. Él ha vencido a la muerte –Él vive– y la fe en Él penetra como una pequeña luz todo lo que es oscuridad y amenaza» (Vigilia de oración con los jóvenes. Feria de Friburgo de Brisgovia, 24 septiembre 2011).

Agradezco al Señor Presidente y a las demás Autoridades del País el interés y la generosa colaboración dispensada para el buen desarrollo de este viaje. Vaya también mi viva gratitud a los miembros de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, que no han escatimado esfuerzos ni sacrificios para este mismo fin, y a cuantos han contribuido a él de diversas maneras, en particular con la plegaria.

Me llevo en lo más profundo de mi ser a todos y cada uno de los cubanos, que me han rodeado con su oración y afecto, brindándome una cordial hospitalidad y haciéndome partícipe de sus más hondas y justas aspiraciones.



Vine aquí como testigo de Jesucristo, convencido de que, donde él llega, el desaliento deja paso a la esperanza, la bondad despeja incertidumbres y una fuerza vigorosa abre el horizonte a inusitadas y beneficiosas perspectivas. En su nombre, y como Sucesor del apóstol Pedro, he querido recordar su mensaje de salvación, que fortalezca el entusiasmo y solicitud de los Obispos cubanos, así como de sus presbíteros, de los religiosos y de quienes se preparan con ilusión al ministerio sacerdotal y la vida consagrada. Que sirva también de nuevo impulso a cuantos cooperan con constancia y abnegación en la tarea de la evangelización, especialmente a los fieles laicos, para que, intensificando su entrega a Dios en medio de sus hogares y trabajos, no se cansen de ofrecer responsablemente su aportación al bien y al progreso integral de la patria.



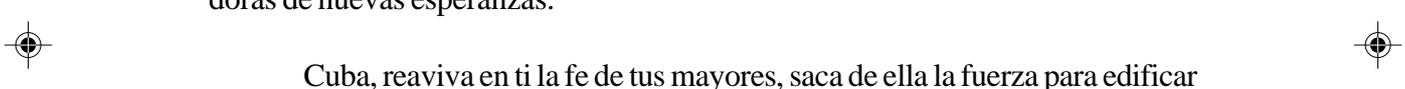
El camino que Cristo propone a la humanidad, y a cada persona y pueblo en particular, en nada la coarta, antes bien es el factor primero y principal para su auténtico desarrollo. Que la luz del Señor, que ha brillado con fulgor en estos días, no se apague en quienes la han acogido y ayude a todos a estrechar la concordia y a hacer fructificar lo mejor del alma cubana, sus valores más nobles, sobre los que es posible cimentar una sociedad de amplios horizontes, renovada y reconciliada. Que nadie se vea impedido de sumarse a esta apasionante tarea por la limitación de sus libertades fundamentales, ni eximido de ella por desidia o carencia de recursos



materiales. Situación que se ve agravada cuando medidas económicas restrictivas impuestas desde fuera del País pesan negativamente sobre la población.

Concluyo aquí mi peregrinación, pero continuaré rezando fervientemente para que ustedes sigan adelante y Cuba sea la casa de todos y para todos los cubanos, donde convivan la justicia y la libertad, en un clima de serena fraternidad. El respeto y cultivo de la libertad que late en el corazón de todo hombre es imprescindible para responder adecuadamente a las exigencias fundamentales de su dignidad, y construir así una sociedad en la que cada uno se sienta protagonista indispensable del futuro de su vida, su familia y su patria.

La hora presente reclama de forma apremiante que en la convivencia humana, nacional e internacional, se destierren posiciones inamovibles y los puntos de vista unilaterales que tienden a hacer más arduo el entendimiento e ineficaz el esfuerzo de colaboración. Las eventuales discrepancias y dificultades se han de solucionar buscando incansablemente lo que une a todos, con diálogo paciente y sincero, comprensión recíproca y una leal voluntad de escucha que acepte metas portadoras de nuevas esperanzas.



Cuba, reaviva en ti la fe de tus mayores, saca de ella la fuerza para edificar un porvenir mejor, confía en las promesas del Señor, abre tu corazón a su evangelio para renovar auténticamente la vida personal y social.

A la vez que les digo mi emocionado adiós, pido a Nuestra Señora de la Caridad del Cobre que proteja con su manto a todos los cubanos, los sostenga en medio de las pruebas y les obtenga del Omnipotente la gracia que más anhelan.

¡Hasta siempre, Cuba, tierra embellecida por la presencia materna de María! Que Dios bendiga tus destinos. Muchas gracias.



MENSAJE DEL SANTO PADRE
BENEDICTO XVI
PARA LA CUARESMA 2012

«Fijémonos los unos en los otros
para estímulo de la caridad y las buenas obras»
(Hb 10, 24)

Queridos hermanos y hermanas

La Cuaresma nos ofrece una vez más la oportunidad de reflexionar sobre el corazón de la vida cristiana: la caridad. En efecto, este es un tiempo propicio para que, con la ayuda de la Palabra de Dios y de los Sacramentos, renovemos nuestro camino de fe, tanto personal como comunitario. Se trata de un itinerario marcado por la oración y el compartir, por el silencio y el ayuno, en espera de vivir la alegría pascual.

Este año deseo proponer algunas reflexiones a la luz de un breve texto bíblico tomado de la Carta a los Hebreos: «Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras» (10,24). Esta frase forma parte de una perícopa en la que el escritor sagrado exhorta a confiar en Jesucristo como sumo



sacerdote, que nos obtuvo el perdón y el acceso a Dios. El fruto de acoger a Cristo es una vida que se despliega según las tres virtudes teologales: se trata de acercarse al Señor «con corazón sincero y llenos de fe» (v. 22), de mantenernos firmes «en la esperanza que profesamos» (v. 23), con una atención constante para realizar junto con los hermanos «la caridad y las buenas obras» (v. 24). Asimismo, se afirma que para sostener esta conducta evangélica es importante participar en los encuentros litúrgicos y de oración de la comunidad, mirando a la meta escatológica: la comunión plena en Dios (v. 25). Me detengo en el versículo 24, que, en pocas palabras, ofrece una enseñanza preciosa y siempre actual sobre tres aspectos de la vida cristiana: la atención al otro, la reciprocidad y la santidad personal.

1. “Fijémonos”: la responsabilidad para con el hermano.



El primer elemento es la invitación a «fijarse»: el verbo griego usado es *katanoein*, que significa observar bien, estar atentos, mirar conscientemente, darse cuenta de una realidad. Lo encontramos en el Evangelio, cuando Jesús invita a los discípulos a «fijarse» en los pájaros del cielo, que no se afanan y son objeto de la solícita y atenta providencia divina (cf. Lc 12,24), y a «reparar» en la viga que hay en nuestro propio ojo antes de mirar la brizna en el ojo del hermano (cf. Lc 6,41). Lo encontramos también en otro pasaje de la misma Carta a los Hebreos, como invitación a «fijarse en Jesús» (cf. 3,1), el Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra fe. Por tanto, el verbo que abre nuestra exhortación invita a fijar la mirada en el otro, ante todo en Jesús, y a estar atentos los unos a los otros, a no mostrarse extraños, indiferentes a la suerte de los hermanos. Sin embargo, con frecuencia prevalece la actitud contraria: la indiferencia o el desinterés, que nacen del egoísmo, encubierto bajo la apariencia del respeto por la «esfera privada». También hoy resuena con fuerza la voz del Señor que nos llama a cada uno de nosotros a hacernos cargo del otro. Hoy Dios nos sigue pidiendo que seamos «guardianes» de nuestros hermanos (cf. Gn 4,9), que entablemos relaciones caracterizadas por el cuidado recíproco, por la atención al bien del otro y a todo su bien. El gran mandamiento del amor al prójimo exige y urge a tomar conciencia de que tenemos una responsabilidad respecto a quien, como yo, es criatura e hijo de Dios: el hecho de ser hermanos en humanidad y, en muchos casos, también en la fe, debe llevarnos a ver en el otro a un verdadero alter ego, a quien el Señor ama infinitamente. Si cultivamos esta mirada de fraternidad, la solidaridad, la justicia, así como la misericordia y la compasión, brotarán naturalmente de nuestro corazón. El Siervo de Dios Pablo VI afirmaba que el mundo actual sufre especialmente de una falta de fraternidad: «El mundo está



enfermo. Su mal está menos en la dilapidación de los recursos y en el acaparamiento por parte de algunos que en la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos» (Carta. enc. *Populorum progressio* [26 de marzo de 1967], n. 66).



La atención al otro conlleva desear el bien para él o para ella en todos los aspectos: físico, moral y espiritual. La cultura contemporánea parece haber perdido el sentido del bien y del mal, por lo que es necesario reafirmar con fuerza que el bien existe y vence, porque Dios es «bueno y hace el bien» (Sal 119,68). El bien es lo que suscita, protege y promueve la vida, la fraternidad y la comunión. La responsabilidad para con el prójimo significa, por tanto, querer y hacer el bien del otro, deseando que también él se abra a la lógica del bien; interesarse por el hermano significa abrir los ojos a sus necesidades. La Sagrada Escritura nos pone en guardia ante el peligro de tener el corazón endurecido por una especie de «anestesia espiritual» que nos deja ciegos ante los sufrimientos de los demás. El evangelista Lucas refiere dos parábolas de Jesús, en las cuales se indican dos ejemplos de esta situación que puede crearse en el corazón del hombre. En la parábola del buen Samaritano, el sacerdote y el levita «dieron un rodeo», con indiferencia, delante del hombre al cual los salteadores habían despojado y dado una paliza (cf. Lc 10,30-32), y en la del rico epulón, ese hombre saturado de bienes no se percata de la condición del pobre Lázaro, que muere de hambre delante de su puerta (cf. Lc 16,19). En ambos casos se trata de lo contrario de «fijarse», de mirar con amor y compasión. ¿Qué es lo que impide esta mirada humana y amorosa hacia el hermano? Con frecuencia son la riqueza material y la saciedad, pero también el anteponer los propios intereses y las propias preocupaciones a todo lo demás. Nunca debemos ser incapaces de «tener misericordia» para con quien sufre; nuestras cosas y nuestros problemas nunca deben absorber nuestro corazón hasta el punto de hacernos sordos al grito del pobre. En cambio, precisamente la humildad de corazón y la experiencia personal del sufrimiento pueden ser la fuente de un despertar interior a la compasión y a la empatía: «El justo reconoce los derechos del pobre, el malvado es incapaz de conocerlos» (Pr 29,7). Se comprende así la bienaventuranza de «los que lloran» (Mt 5,4), es decir, de quienes son capaces de salir de sí mismos para conmoverse por el dolor de los demás. El encuentro con el otro y el hecho de abrir el corazón a su necesidad son ocasión de salvación y de bienaventuranza.

El «fijarse» en el hermano comprende además la solicitud por su bien espiritual. Y aquí deseo recordar un aspecto de la vida cristiana que a mi parecer ha caído en el olvido: la corrección fraterna con vistas a la salvación eterna. Hoy somos generalmente muy sensibles al aspecto del cuidado y la caridad en relación al



bien físico y material de los demás, pero callamos casi por completo respecto a la responsabilidad espiritual para con los hermanos. No era así en la Iglesia de los primeros tiempos y en las comunidades verdaderamente maduras en la fe, en las que las personas no sólo se interesaban por la salud corporal del hermano, sino también por la de su alma, por su destino último. En la Sagrada Escritura leemos: «Reprende al sabio y te amará. Da consejos al sabio y se hará más sabio todavía; enseña al justo y crecerá su doctrina» (Pr 9,8ss). Cristo mismo nos manda reprender al hermano que está cometiendo un pecado (cf. Mt 18,15). El verbo usado para definir la corrección fraterna —*elenchein*— es el mismo que indica la misión profética, propia de los cristianos, que denuncian una generación que se entrega al mal (cf. Ef 5,11). La tradición de la Iglesia enumera entre las obras de misericordia espiritual la de «corregir al que se equivoca». Es importante recuperar esta dimensión de la caridad cristiana. Frente al mal no hay que callar. Pienso aquí en la actitud de aquellos cristianos que, por respeto humano o por simple comodidad, se adecúan a la mentalidad común, en lugar de poner en guardia a sus hermanos acerca de los modos de pensar y de actuar que contradicen la verdad y no siguen el camino del bien. Sin embargo, lo que anima la reprensión cristiana nunca es un espíritu de condena o recriminación; lo que la mueve es siempre el amor y la misericordia, y brota de la verdadera solicitud por el bien del hermano. El apóstol Pablo afirma: «Si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros, los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, y cuídate de ti mismo, pues también tú puedes ser tentado» (Ga 6,1). En nuestro mundo impregnado de individualismo, es necesario que se redescubra la importancia de la corrección fraterna, para caminar juntos hacia la santidad. Incluso «el justo cae siete veces» (Pr 24,16), dice la Escritura, y todos somos débiles y caemos (cf. 1 Jn 1,8). Por lo tanto, es un gran servicio ayudar y dejarse ayudar a leer con verdad dentro de uno mismo, para mejorar nuestra vida y caminar cada vez más rectamente por los caminos del Señor. Siempre es necesaria una mirada que ame y corrija, que conozca y reconozca, que discierna y perdone (cf. Lc 22,61), como ha hecho y hace Dios con cada uno de nosotros.

2. “Los unos en los otros”: el don de la reciprocidad.

Este ser «guardianes» de los demás contrasta con una mentalidad que, al reducir la vida sólo a la dimensión terrena, no la considera en perspectiva escatológica y acepta cualquier decisión moral en nombre de la libertad individual. Una sociedad como la actual puede llegar a ser sorda, tanto ante los sufrimientos físicos, como ante las exigencias espirituales y morales de la vida. En la comunidad cristiana no



debe ser así. El apóstol Pablo invita a buscar lo que «fomente la paz y la mutua edificación» (Rm 14,19), tratando de «agradar a su prójimo para el bien, buscando su edificación» (ib. 15,2), sin buscar el propio beneficio «sino el de la mayoría, para que se salven» (1 Co 10,33). Esta corrección y exhortación mutua, con espíritu de humildad y de caridad, debe formar parte de la vida de la comunidad cristiana.

Los discípulos del Señor, unidos a Cristo mediante la Eucaristía, viven en una comunión que los vincula los unos a los otros como miembros de un solo cuerpo. Esto significa que el otro me pertenece, su vida, su salvación, tienen que ver con mi vida y mi salvación. Aquí tocamos un elemento muy profundo de la comunión: nuestra existencia está relacionada con la de los demás, tanto en el bien como en el mal; tanto el pecado como las obras de caridad tienen también una dimensión social. En la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, se verifica esta reciprocidad: la comunidad no cesa de hacer penitencia y de invocar perdón por los pecados de sus hijos, pero al mismo tiempo se alegra, y continuamente se llena de júbilo por los testimonios de virtud y de caridad, que se multiplican. «Que todos los miembros se preocupen los unos de los otros» (1 Co 12,25), afirma san Pablo, porque formamos un solo cuerpo. La caridad para con los hermanos, una de cuyas expresiones es la limosna —una típica práctica cuaresmal junto con la oración y el ayuno—, radica en esta pertenencia común. Todo cristiano puede expresar en la preocupación concreta por los más pobres su participación del único cuerpo que es la Iglesia. La atención a los demás en la reciprocidad es también reconocer el bien que el Señor realiza en ellos y agradecer con ellos los prodigios de gracia que el Dios bueno y todopoderoso sigue realizando en sus hijos. Cuando un cristiano se perca de la acción del Espíritu Santo en el otro, no puede por menos que alegrarse y glorificar al Padre que está en los cielos (cf. Mt 5,16).

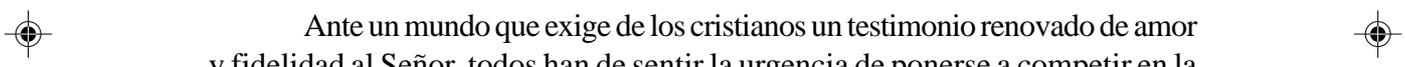
3. “Para estímulo de la caridad y las buenas obras”: caminar juntos en la santidad.

Esta expresión de la Carta a los Hebreos (10, 24) nos lleva a considerar la llamada universal a la santidad, el camino constante en la vida espiritual, a aspirar a los carismas superiores y a una caridad cada vez más alta y fecunda (cf. 1 Co 12,31-13,13). La atención recíproca tiene como finalidad animarse mutuamente a un amor efectivo cada vez mayor, «como la luz del alba, que va en aumento hasta llegar a pleno día» (Pr 4,18), en espera de vivir el día sin ocaso en Dios. El tiempo que se nos ha dado en nuestra vida es precioso para descubrir y realizar buenas



obras en el amor de Dios. Así la Iglesia misma crece y se desarrolla para llegar a la madurez de la plenitud de Cristo (cf. Ef 4,13). En esta perspectiva dinámica de crecimiento se sitúa nuestra exhortación a animarnos recíprocamente para alcanzar la plenitud del amor y de las buenas obras.

Lamentablemente, siempre está presente la tentación de la tibieza, de sofocar el Espíritu, de negarse a «comerciar con los talentos» que se nos ha dado para nuestro bien y el de los demás (cf. Mt 25,25ss). Todos hemos recibido riquezas espirituales o materiales útiles para el cumplimiento del plan divino, para el bien de la Iglesia y la salvación personal (cf. Lc 12,21b; 1 Tm 6,18). Los maestros de espiritualidad recuerdan que, en la vida de fe, quien no avanza, retrocede. Queridos hermanos y hermanas, aceptemos la invitación, siempre actual, de aspirar a un «alto grado de la vida cristiana» (Juan Pablo II, Carta ap. Novo millennio ineunte [6 de enero de 2001], n. 31). Al reconocer y proclamar beatos y santos a algunos cristianos ejemplares, la sabiduría de la Iglesia tiene también por objeto suscitar el deseo de imitar sus virtudes. San Pablo exhorta: «Que cada cual estime a los otros más que a sí mismo» (Rm 12,10).



Ante un mundo que exige de los cristianos un testimonio renovado de amor y fidelidad al Señor, todos han de sentir la urgencia de ponerse a competir en la caridad, en el servicio y en las buenas obras (cf. Hb 6,10). Esta llamada es especialmente intensa en el tiempo santo de preparación a la Pascua. Con mis mejores deseos de una santa y fecunda Cuaresma, os encomiendo a la intercesión de la Santísima Virgen María y de corazón imparto a todos la Bendición Apostólica.

Vaticano, 3 de noviembre de 2011

BENEDICTUS PP. XVI



MENSAJE DEL SANTO PADRE
BENEDICTO XVI
PARA LA XXVII JORNADA MUNDIAL
DE LA JUVENTUD 2012



«¡Alegraos siempre en el Señor!» (Flp 4,4)

Queridos jóvenes:

Me alegro de dirigirme de nuevo a vosotros con ocasión de la XXVII Jornada Mundial de la Juventud. El recuerdo del encuentro de Madrid el pasado mes de agosto sigue muy presente en mi corazón. Ha sido un momento extraordinario de gracia, durante el cual el Señor ha bendecido a los jóvenes allí presentes, venidos del mundo entero. Doy gracias a Dios por los muchos frutos que ha suscitado en aquellas jornadas y que en el futuro seguirán multiplicándose entre los jóvenes y las comunidades a las que pertenecen. Ahora nos estamos dirigiendo ya hacia la próxima cita en Río de Janeiro en el año 2013, que tendrá como tema «¡Id y haced discípulos a todos los pueblos!» (cf. Mt 28,19).

Este año, el tema de la Jornada Mundial de la Juventud nos lo da la exhortación de la Carta del apóstol san Pablo a los Filipenses: «¡Alegraos siempre en el



Señor!» (4,4). En efecto, la alegría es un elemento central de la experiencia cristiana. También experimentamos en cada Jornada Mundial de la Juventud una alegría intensa, la alegría de la comunión, la alegría de ser cristianos, la alegría de la fe. Esta es una de las características de estos encuentros. Vemos la fuerza atrayente que ella tiene: en un mundo marcado a menudo por la tristeza y la inquietud, la alegría es un testimonio importante de la belleza y fiabilidad de la fe cristiana.

La Iglesia tiene la vocación de llevar la alegría al mundo, una alegría auténtica y duradera, aquella que los ángeles anunciaron a los pastores de Belén en la noche del nacimiento de Jesús (cf. Lc 2,10). Dios no sólo ha hablado, no sólo ha cumplido signos prodigiosos en la historia de la humanidad, sino que se ha hecho tan cercano que ha llegado a hacerse uno de nosotros, recorriendo las etapas de la vida entera del hombre. En el difícil contexto actual, muchos jóvenes en vuestro entorno tienen una inmensa necesidad de sentir que el mensaje cristiano es un mensaje de alegría y esperanza. Quisiera reflexionar ahora con vosotros sobre esta alegría, sobre los caminos para encontrarla, para que podáis vivirla cada vez con mayor profundidad y ser mensajeros de ella entre los que os rodean.



1. Nuestro corazón está hecho para la alegría



La aspiración a la alegría está grabada en lo más íntimo del ser humano. Más allá de las satisfacciones inmediatas y pasajeras, nuestro corazón busca la alegría profunda, plena y perdurable, que pueda dar «sabor» a la existencia. Y esto vale sobre todo para vosotros, porque la juventud es un período de un continuo descubrimiento de la vida, del mundo, de los demás y de sí mismo. Es un tiempo de apertura hacia el futuro, donde se manifiestan los grandes deseos de felicidad, de amistad, del compartir y de verdad; donde uno es impulsado por ideales y se conciben proyectos.

Cada día el Señor nos ofrece tantas alegrías sencillas: la alegría de vivir, la alegría ante la belleza de la naturaleza, la alegría de un trabajo bien hecho, la alegría del servicio, la alegría del amor sincero y puro. Y si miramos con atención, existen tantos motivos para la alegría: los hermosos momentos de la vida familiar, la amistad compartida, el descubrimiento de las propias capacidades personales y la consecución de buenos resultados, el aprecio que otros nos tienen, la posibilidad de expresarse y sentirse comprendidos, la sensación de ser útiles para el prójimo. Y, además, la adquisición de nuevos conocimientos mediante los estudios, el descubri-



miento de nuevas dimensiones a través de viajes y encuentros, la posibilidad de hacer proyectos para el futuro. También pueden producir en nosotros una verdadera alegría la experiencia de leer una obra literaria, de admirar una obra maestra del arte, de escuchar e interpretar la música o ver una película.

Pero cada día hay tantas dificultades con las que nos encontramos en nuestro corazón, tenemos tantas preocupaciones por el futuro, que nos podemos preguntar si la alegría plena y duradera a la cual aspiramos no es quizá una ilusión y una huida de la realidad. Hay muchos jóvenes que se preguntan: ¿es verdaderamente posible hoy en día la alegría plena? Esta búsqueda sigue varios caminos, algunos de los cuales se manifiestan como erróneos, o por lo menos peligrosos. Pero, ¿cómo podemos distinguir las alegrías verdaderamente duraderas de los placeres inmediatos y engañosos? ¿Cómo podemos encontrar en la vida la verdadera alegría, aquella que dura y no nos abandona ni en los momentos más difíciles?

2. Dios es la fuente de la verdadera alegría



En realidad, todas las alegrías auténticas, ya sean las pequeñas del día a día o las grandes de la vida, tienen su origen en Dios, aunque no lo parezca a primera vista, porque Dios es comunión de amor eterno, es alegría infinita que no se encierra en sí misma, sino que se difunde en aquellos que Él ama y que le aman. Dios nos ha creado a su imagen por amor y para derramar sobre nosotros su amor, para colmarnos de su presencia y su gracia. Dios quiere hacernos partícipes de su alegría, divina y eterna, haciendo que descubramos que el valor y el sentido profundo de nuestra vida está en el ser aceptados, acogidos y amados por Él, y no con una acogida frágil como puede ser la humana, sino con una acogida incondicional como lo es la divina: yo soy amado, tengo un puesto en el mundo y en la historia, soy amado personalmente por Dios. Y si Dios me acepta, me ama y estoy seguro de ello, entonces sabré con claridad y certeza que es bueno que yo sea, que exista.

Este amor infinito de Dios para con cada uno de nosotros se manifiesta de modo pleno en Jesucristo. En Él se encuentra la alegría que buscamos. En el Evangelio vemos cómo los hechos que marcan el inicio de la vida de Jesús se caracterizan por la alegría. Cuando el arcángel Gabriel anuncia a la Virgen María que será madre del Salvador, comienza con esta palabra: «¡Alégrate!» (Lc 1,28). En el nacimiento de Jesús, el Ángel del Señor dice a los pastores: «Os anuncio



una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor» (Lc 2,11). Y los Magos que buscaban al niño, «al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría» (Mt 2,10). El motivo de esta alegría es, por lo tanto, la cercanía de Dios, que se ha hecho uno de nosotros. Esto es lo que san Pablo quiso decir cuando escribía a los cristianos de Filipos: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. Que vuestra medida la conozca todo el mundo. El Señor está cerca» (Flp 4,4-5). La primera causa de nuestra alegría es la cercanía del Señor, que me acoge y me ama.

En efecto, el encuentro con Jesús produce siempre una gran alegría interior. Lo podemos ver en muchos episodios de los Evangelios. Recordemos la visita de Jesús a Zaqueo, un recaudador de impuestos deshonesto, un pecador público, a quien Jesús dice: «Es necesario que hoy me quede en tu casa». Y san Lucas dice que Zaqueo «lo recibió muy contento» (Lc 19,5-6). Es la alegría del encuentro con el Señor; es sentir el amor de Dios que puede transformar toda la existencia y traer la salvación. Zaqueo decide cambiar de vida y dar la mitad de sus bienes a los pobres.

En la hora de la pasión de Jesús, este amor se manifiesta con toda su fuerza. Él, en los últimos momentos de su vida terrena, en la cena con sus amigos, dice: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor... Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud» (Jn 15,9.11). Jesús quiere introducir a sus discípulos y a cada uno de nosotros en la alegría plena, la que Él comparte con el Padre, para que el amor con que el Padre le ama esté en nosotros (cf. Jn 17,26). La alegría cristiana es abrirse a este amor de Dios y pertenecer a Él.

Los Evangelios relatan que María Magdalena y otras mujeres fueron a visitar el sepulcro donde habían puesto a Jesús después de su muerte y recibieron de un Ángel una noticia desconcertante, la de su resurrección. Entonces, así escribe el Evangelista, abandonaron el sepulcro a toda prisa, «llenas de miedo y de alegría», y corrieron a anunciar la feliz noticia a los discípulos. Jesús salió a su encuentro y dijo: «Alegraos» (Mt 28,8-9). Es la alegría de la salvación que se les ofrece: Cristo es el viviente, es el que ha vencido el mal, el pecado y la muerte. Él está presente en medio de nosotros como el Resucitado, hasta el final de los tiempos (cf. Mt 28,21). El mal no tiene la última palabra sobre nuestra vida, sino que la fe en Cristo Salvador nos dice que el amor de Dios es el que vence.



Esta profunda alegría es fruto del Espíritu Santo que nos hace hijos de Dios, capaces de vivir y gustar su bondad, de dirigirnos a Él con la expresión «Abba», Padre (cf. Rm 8,15). La alegría es signo de su presencia y su acción en nosotros.

3. Conservar en el corazón la alegría cristiana

Aquí nos preguntamos: ¿Cómo podemos recibir y conservar este don de la alegría profunda, de la alegría espiritual?



Un Salmo dice: «Sea el Señor tu delicia, y él te dará lo que pide tu corazón» (Sal 37,4). Jesús explica que «El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo» (Mt 13,44). Encontrar y conservar la alegría espiritual surge del encuentro con el Señor, que pide que le sigamos, que nos decidamos con determinación, poniendo toda nuestra confianza en Él. Queridos jóvenes, no tengáis miedo de arriesgar vuestra vida abriéndola a Jesucristo y su Evangelio; es el camino para tener la paz y la verdadera felicidad dentro de nosotros mismos, es el camino para la verdadera realización de nuestra existencia de hijos de Dios, creados a su imagen y semejanza.



Buscar la alegría en el Señor: la alegría es fruto de la fe, es reconocer cada día su presencia, su amistad: «El Señor está cerca» (Flp 4,5); es volver a poner nuestra confianza en Él, es crecer en su conocimiento y en su amor. El «Año de la Fe», que iniciaremos dentro de pocos meses, nos ayudará y estimulará. Queridos amigos, aprended a ver cómo actúa Dios en vuestras vidas, descubridlo oculto en el corazón de los acontecimientos de cada día. Creed que Él es siempre fiel a la alianza que ha sellado con vosotros el día de vuestro Bautismo. Sabed que jamás os abandonará. Dirigid a menudo vuestra mirada hacia Él. En la cruz entregó su vida porque os ama. La contemplación de un amor tan grande da a nuestros corazones una esperanza y una alegría que nada puede destruir. Un cristiano nunca puede estar triste porque ha encontrado a Cristo, que ha dado la vida por él.

Buscar al Señor, encontrarlo, significa también acoger su Palabra, que es alegría para el corazón. El profeta Jeremías escribe: «Si encontraba tus palabras, las devoraba: tus palabras me servían de gozo, eran la alegría de mi corazón» (Jr 15,16).



Aprended a leer y meditar la Sagrada Escritura; allí encontraréis una respuesta a las preguntas más profundas sobre la verdad que anida en vuestro corazón y vuestra mente. La Palabra de Dios hace que descubramos las maravillas que Dios ha obrado en la historia del hombre y que, llenos de alegría, proclamemos en alabanza y adoración: «Venid, aclamemos al Señor... postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro» (Sal 95,1.6).

La Liturgia en particular, es el lugar por excelencia donde se manifiesta la alegría que la Iglesia recibe del Señor y transmite al mundo. Cada domingo, en la Eucaristía, las comunidades cristianas celebran el Misterio central de la salvación: la muerte y resurrección de Cristo. Este es un momento fundamental para el camino de cada discípulo del Señor, donde se hace presente su sacrificio de amor; es el día en el que encontramos al Cristo Resucitado, escuchamos su Palabra, nos alimentamos de su Cuerpo y su Sangre. Un Salmo afirma: «Este es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo» (Sal 118,24). En la noche de Pascua, la Iglesia canta el Exultet, expresión de alegría por la victoria de Jesucristo sobre el pecado y la muerte: «¡Exulte el coro de los ángeles... Goce la tierra inundada de tanta claridad... resuene este templo con las aclamaciones del pueblo en fiesta!». La alegría cristiana nace del saberse amados por un Dios que se ha hecho hombre, que ha dado su vida por nosotros y ha vencido el mal y la muerte; es vivir por amor a él. Santa Teresa del Niño Jesús, joven carmelita, escribió: «Jesús, mi alegría es amarte a ti» (Poesía 45/7).

4. La alegría del amor

Queridos amigos, la alegría está íntimamente unida al amor; ambos son frutos inseparables del Espíritu Santo (cf. Ga 5,23). El amor produce alegría, y la alegría es una forma del amor. La beata Madre Teresa de Calcuta, recordando las palabras de Jesús: «hay más dicha en dar que en recibir» (Hch 20,35), decía: «La alegría es una red de amor para capturar las almas. Dios ama al que da con alegría. Y quien da con alegría da más». El siervo de Dios Pablo VI escribió: «En el mismo Dios, todo es alegría porque todo es un don» (Ex. ap. Gaudete in Domino, 9 mayo 1975).

Pensando en los diferentes ámbitos de vuestra vida, quisiera deciros que amar significa constancia, fidelidad, tener fe en los compromisos. Y esto, en primer lugar, con las amistades. Nuestros amigos esperan que seamos sinceros, leales,



fieles, porque el verdadero amor es perseverante también y sobre todo en las dificultades. Y lo mismo vale para el trabajo, los estudios y los servicios que desempeñáis. La fidelidad y la perseverancia en el bien llevan a la alegría, aunque ésta no sea siempre inmediata.

Para entrar en la alegría del amor, estamos llamados también a ser generosos, a no conformarnos con dar el mínimo, sino a comprometernos a fondo, con una atención especial por los más necesitados. El mundo necesita hombres y mujeres competentes y generosos, que se pongan al servicio del bien común. Esforzaos por estudiar con seriedad; cultivad vuestros talentos y ponedlos desde ahora al servicio del prójimo. Buscad el modo de contribuir, allí donde estéis, a que la sociedad sea más justa y humana. Que toda vuestra vida esté impulsada por el espíritu de servicio, y no por la búsqueda del poder, del éxito material y del dinero.



A propósito de generosidad, tengo que mencionar una alegría especial; es la que se siente cuando se responde a la vocación de entregar toda la vida al Señor. Queridos jóvenes, no tengáis miedo de la llamada de Cristo a la vida religiosa, monástica, misionera o al sacerdocio. Tened la certeza de que colma de alegría a los que, dedicándole la vida desde esta perspectiva, responden a su invitación a dejar todo para quedarse con Él y dedicarse con todo el corazón al servicio de los demás. Del mismo modo, es grande la alegría que Él regala al hombre y a la mujer que se donan totalmente el uno al otro en el matrimonio para formar una familia y convertirse en signo del amor de Cristo por su Iglesia.



Quisiera mencionar un tercer elemento para entrar en la alegría del amor: hacer que crezca en vuestra vida y en la vida de vuestras comunidades la comunión fraterna. Hay vínculo estrecho entre la comunión y la alegría. No en vano san Pablo escribía su exhortación en plural; es decir, no se dirige a cada uno en singular, sino que afirma: «Alegraos siempre en el Señor» (Flp 4,4). Sólo juntos, viviendo en comunión fraterna, podemos experimentar esta alegría. El libro de los Hechos de los Apóstoles describe así la primera comunidad cristiana: «Partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón» (Hch 2,46). Empleaos también vosotros a fondo para que las comunidades cristianas puedan ser lugares privilegiados en que se comparta, se atienda y cuiden unos a otros.

5. La alegría de la conversión

Queridos amigos, para vivir la verdadera alegría también hay que identificar las tentaciones que la alejan. La cultura actual lleva a menudo a buscar metas, realizaciones y placeres inmediatos, favoreciendo más la inconstancia que la perseverancia en el esfuerzo y la fidelidad a los compromisos. Los mensajes que recibís empujar a entrar en la lógica del consumo, prometiendo una felicidad artificial. La experiencia enseña que el poseer no coincide con la alegría. Hay tantas personas que, a pesar de tener bienes materiales en abundancia, a menudo están oprimidas por la desesperación, la tristeza y sienten un vacío en la vida. Para permanecer en la alegría, estamos llamados a vivir en el amor y la verdad, a vivir en Dios.

La voluntad de Dios es que nosotros seamos felices. Por ello nos ha dado las indicaciones concretas para nuestro camino: los Mandamientos. Cumpliéndolos encontramos el camino de la vida y de la felicidad. Aunque a primera vista puedan parecer un conjunto de prohibiciones, casi un obstáculo a la libertad, si los meditamos más atentamente a la luz del Mensaje de Cristo, representan un conjunto de reglas de vida esenciales y valiosas que conducen a una existencia feliz, realizada según el proyecto de Dios. Cuántas veces, en cambio, constatamos que construir ignorando a Dios y su voluntad nos lleva a la desilusión, la tristeza y al sentimiento de derrota. La experiencia del pecado como rechazo a seguirle, como ofensa a su amistad, ensombrece nuestro corazón.

Pero aunque a veces el camino cristiano no es fácil y el compromiso de fidelidad al amor del Señor encuentra obstáculos o registra caídas, Dios, en su misericordia, no nos abandona, sino que nos ofrece siempre la posibilidad de volver a Él, de reconciliarnos con Él, de experimentar la alegría de su amor que perdona y vuelve a acoger.

Queridos jóvenes, ¡recurrid a menudo al Sacramento de la Penitencia y la Reconciliación! Es el Sacramento de la alegría reencontrada. Pedid al Espíritu Santo la luz para saber reconocer vuestro pecado y la capacidad de pedir perdón a Dios acercándoos a este Sacramento con constancia, serenidad y confianza. El Señor os abrirá siempre sus brazos, os purificará y os llenará de su alegría: habrá alegría en el cielo por un solo pecador que se convierte (cf. Lc 15,7).

6. La alegría en las pruebas

Al final puede que quede en nuestro corazón la pregunta de si es posible vivir de verdad con alegría incluso en medio de tantas pruebas de la vida, especialmente las más dolorosas y misteriosas; de si seguir al Señor y fiarse de Él da siempre la felicidad.

La respuesta nos la pueden dar algunas experiencias de jóvenes como vosotros que han encontrado precisamente en Cristo la luz que permite dar fuerza y esperanza, también en medio de situaciones muy difíciles. El beato Pier Giorgio Frassati (1901-1925) experimentó tantas pruebas en su breve existencia; una de ellas concernía su vida sentimental, que le había herido profundamente. Precisamente en esta situación, escribió a su hermana: «Tú me preguntas si soy alegre; y ¿cómo no podría serlo? Mientras la fe me da la fuerza estaré siempre alegre. Un católico no puede por menos de ser alegre... El fin para el cual hemos sido creados nos indica el camino que, aunque esté sembrado de espinas, no es un camino triste, es alegre incluso también a través del dolor» (Carta a la hermana Luciana, Turín, 14 febrero 1925). Y el beato Juan Pablo II, al presentarlo como modelo, dijo de él: «Era un joven de una alegría contagiosa, una alegría que superaba también tantas dificultades de su vida» (Discurso a los jóvenes, Turín, 13 abril 1980).

Más cercana a nosotros, la joven Chiara Badano (1971-1990), recientemente beatificada, experimentó cómo el dolor puede ser transfigurado por el amor y estar habitado por la alegría. A la edad de 18 años, en un momento en el que el cáncer le hacía sufrir de modo particular, rezó al Espíritu Santo para que intercediera por los jóvenes de su Movimiento. Además de su curación, pidió a Dios que iluminara con su Espíritu a todos aquellos jóvenes, que les diera la sabiduría y la luz: «Fue un momento de Dios: sufría mucho físicamente, pero el alma cantaba» (Carta a Chiara Lubich, Sassello, 20 de diciembre de 1989). La clave de su paz y alegría era la plena confianza en el Señor y la aceptación de la enfermedad como misteriosa expresión de su voluntad para su bien y el de los demás. A menudo repetía: «Jesús, si tú lo quieres, yo también lo quiero».

Son dos sencillos testimonios, entre otros muchos, que muestran cómo el cristiano auténtico no está nunca desesperado o triste, incluso ante las pruebas más duras, y muestran que la alegría cristiana no es una huida de la realidad, sino una fuerza sobrenatural para hacer frente y vivir las dificultades cotidianas. Sabemos



que Cristo crucificado y resucitado está con nosotros, es el amigo siempre fiel. Cuando participamos en sus sufrimientos, participamos también en su alegría. Con Él y en Él, el sufrimiento se transforma en amor. Y ahí se encuentra la alegría (cf. Col 1,24).

7. Testigos de la alegría

Queridos amigos, para concluir quisiera alentaros a ser misioneros de la alegría. No se puede ser feliz si los demás no lo son. Por ello, hay que compartir la alegría. Id a contar a los demás jóvenes vuestra alegría de haber encontrado aquel tesoro precioso que es Jesús mismo. No podemos conservar para nosotros la alegría de la fe; para que ésta pueda permanecer en nosotros, tenemos que transmitirla. San Juan afirma: «Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros... Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo» (1Jn 1,3-4).



A veces se presenta una imagen del Cristianismo como una propuesta de vida que oprime nuestra libertad, que va contra nuestro deseo de felicidad y alegría. Pero esto no corresponde a la verdad. Los cristianos son hombres y mujeres verdaderamente felices, porque saben que nunca están solos, sino que siempre están sostenidos por las manos de Dios. Sobre todo vosotros, jóvenes discípulos de Cristo, tenéis la tarea de mostrar al mundo que la fe trae una felicidad y alegría verdadera, plena y duradera. Y si el modo de vivir de los cristianos parece a veces cansado y aburrido, entonces sed vosotros los primeros en dar testimonio del rostro alegre y feliz de la fe. El Evangelio es la «buena noticia» de que Dios nos ama y que cada uno de nosotros es importante para Él. Mostrad al mundo que esto de verdad es así.



Por lo tanto, sed misioneros entusiasmados de la nueva evangelización. Llevad a los que sufren, a los que están buscando, la alegría que Jesús quiere regalar. Llevadla a vuestras familias, a vuestras escuelas y universidades, a vuestros lugares de trabajo y a vuestros grupos de amigos, allí donde vivís. Veréis que es contagiosa. Y recibiréis el ciento por uno: la alegría de la salvación para vosotros mismos, la alegría de ver la Misericordia de Dios que obra en los corazones. En el día de vuestro encuentro definitivo con el Señor, Él podrá deciros: «¡Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu señor!» (Mt 25,21).



Que la Virgen María os acompañe en este camino. Ella acogió al Señor dentro de sí y lo anunció con un canto de alabanza y alegría, el Magníficat: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador» (Lc 1,46-47). María respondió plenamente al amor de Dios dedicando a Él su vida en un servicio humilde y total. Es llamada «causa de nuestra alegría» porque nos ha dado a Jesús. Que Ella os introduzca en aquella alegría que nadie os podrá quitar.

Vaticano, 15 de marzo de 2012

BENEDICTUS PP. XVI



HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. Incluye también el calendario litúrgico para la semana.

4. En muchas parroquias se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 188 Euros (mes 15,67 Euros)
50 ejemplares año . . . 364 Euros (mes 30,33 Euros)
100 ejemplares año . . . 620 Euros (mes 51,67 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid